



AGUSTÍN LÓPEZ TOBAJAS

# Manifiesto contra el progreso



Este texto, breve pero denso, de palabras sencillas pero profundo en las ideas, ahonda en el núcleo mismo de la idolatría del hombre moderno, desarrollando una crítica radical y sin concesiones a la gran ficción de nuestro tiempo: el progreso.



Agustín López Tobajas

# **Manifiesto contra el progreso**

ePub r1.0

**Himali** 02.03.16

Título original: *Manifiesto contra el progreso*

Agustín López Tobajas, 2005

Editor digital: Himali

ePub base r1.2

**más libros en [espapdf.com](http://espapdf.com)**

# PRÓLOGO

Este manifiesto no es expresión de ninguna ideología o movimiento de carácter político o social. Inútil sería buscar tras sus palabras alguna seña de identidad colectiva, o la afiliación a cualquier proyecto grupal de transformación social, política o cultural. Fruto de la convicción en la inoperancia radical de toda acción de esa índole, tampoco se pretende expresión de ninguna «nueva filosofía» ni quiere justificarse como innovador mensaje espiritual. Nacido más bien de una experiencia personal, no reconoce

más filiación que la que le une con la conciencia metahistórica de una sabiduría perenne que la mentalidad moderna —creyente o atea, conservadora o progresista— ignora o rechaza. Servir de cauce expresivo en la medida de sus posibilidades a esa conciencia y contribuir a recordar, aplicándolas a la situación actual, unas verdades hoy desdeñadas, asfixiadas y hasta ridiculizadas, es el espíritu que anima este escrito.

En una época de prisas apremiantes, de eslóganes y consignas, de siglas y códigos de barras, en unos tiempos en que la «realidad» se conoce por encuestas y la sabiduría se reparte en

cursillos los fines de semana, un manifiesto, por su misma naturaleza, cae de inmediato bajo la sospecha de participar del «espíritu de los tiempos»: sospecha razonable y quién sabe si atinada; en todo caso, ante la imposibilidad de no aceptar alguna concesión —so pena de mantenerse en silencio—, su forma concisa y voluntariamente escueta busca en la sencillez de la afirmación y la negación («Sea vuestro hablar “sí, sí, no, no”») el modo menos contaminado de oponerse a un sistema que manipula cualquier discurso y todo lo marca de una u otra manera con su signo. Riesgo asumido con la esperanza de que esquematismo y



concisión no excusen, sino promuevan, una más detenida y minuciosa reflexión.

Este texto nace, desde su título y por su naturaleza intrínseca, con una orientación determinada: la que le opone al Progreso, dogma profano que sirve de fundamento, guía y meta al espíritu moderno. Quizá se objete a este escrito —cabe esperarlo— dogmatismo en el tono y dicotomismo en el contenido; o tal vez se alegue, más indulgentemente, que no todo es malo en la modernidad. Es posible; incluso, en la medida en que el Mal absoluto se identifica con la Nada, es necesario que así sea; pero un manifiesto no puede desdeñar por completo los criterios de oportunidad y

—aceptadas las limitaciones en cuanto a concreción y brevedad— parece que cualquier ambigüedad teñida de eclecticismo o condescendencia entrañaría en las actuales circunstancias riesgos superiores a los de una crítica sin matices.

No hay en estas páginas pretensión alguna de novedad. Las ideas aquí recogidas distan de ser propias u «originales», en el sentido más común de la palabra, pues este texto no tiene más aspiración que ofrecer una síntesis de lo que otros, antes, han analizado de forma sin duda más profunda y concienzuda, aunque, tal vez, integrándolo en otras perspectivas. Que

las exigencias del mercado editorial obliguen a asociar todo texto con un nombre no debe hacernos olvidar que en el marco del conocimiento importa la reflexión, no el autor. No es el hombre el que crea el conocimiento, sino el conocimiento el que hace posible al hombre. Si una idea es verdadera, no pertenece a quien la pone por escrito, sino a todos los que puedan comprenderla; si es falsa, ¿a qué jactarse de haberla inventado? En última instancia, a Dios sólo corresponde la verdad y, al hombre, en el mejor de los casos, la modesta capacidad de reflejarla turbiamente en su discurso.

# I

## La creencia progresista

*La superstición del progreso es  
el veneno que corroe nuestro  
tiempo.*

SIMONE WEIL

Se entiende aquí por «progresismo» la creencia de que la historia de la humanidad es una historia de progreso: trayectoria linealmente ascendente desde

un supuesto «hombre primitivo» de origen animal hasta el hombre moderno de nuestros días. Todas las fuerzas que se mueven públicamente dentro del ámbito político-social —con sólo algunas excepciones eventuales y de carácter marginal— reivindican ahora el «progresismo», antaño patrimonio de la izquierda, como seña de identidad; la condición de siervos y adoradores del Progreso absorbe, reduce y unifica a las diversas fuerzas políticas, cuyas diferencias son, más que nunca, profesan los dogmas, los fines y las prácticas de la nueva religión universal: el culto al Progreso.

Fiel a la egolatría cultivada con

esmero durante varios siglos, el hombre contemporáneo se considera a sí mismo el punto culminante de la historia —no hay síntoma más inequívoco de necesidad que alardear de sabio— y contempla el devenir humano como una trayectoria ascendente en cuya cumbre, y sin la menor muestra de pudor, coloca con orgullo la grotesca caricatura de hombre universal en que él mismo ha llegado a convertirse. Nunca ninguna cultura desarrolló en el pasado la arrogancia necesaria para considerarse por encima de cuantas la habían precedido; la creencia en el Progreso es, en efecto, relativamente reciente, creación específica de la moderna civilización

occidental. Su expresión «científica», el evolucionismo, socialmente promovido en las últimas décadas de hipótesis a fe, es una creencia dogmática que oculta su carácter de tal y que se inculca en las conciencias como si de una verdad comprobada se tratase. Mutilado en su imaginación intelectual, el hombre moderno parece incapaz de concebir siquiera otras posibilidades sobre su origen que no sean un darwinismo más o menos atildado o la interpretación literal de los primeros versículos del Génesis. El dogma evolucionista —sugiere con acierto Jean Borella— resultaría más creíble si lo colocáramos exactamente al revés: esa especie de proyecto humano

que se pretende situar en los orígenes, cuyo horizonte intelectual no va más allá de las preocupaciones materiales y que sobrevive a fuerza de instinto, miedo y violencia apenas contenida, se ajusta cada vez con mayor precisión al estado espiritual del hombre contemporáneo. Como dice René Guénon, con una frase mucho más precisa de lo que a primera vista podría parecer, en el mundo moderno todo está al revés.

Como hipóstasis demiúrgica, absoluta, supuestamente autoevidente en su razón de ser, el Progreso esconde su verdadero carácter excluyendo toda pregunta sobre su naturaleza. Nadie considera necesario precisar —porque



nadie sabe— en qué se progresa realmente. Sesenta millones de muertos en dos guerras mundiales, decenas de millones más en otras guerras a lo largo del siglo XX, un planeta devastado al borde del colapso, media humanidad sobreviviendo en condiciones lamentables, no parecen sin embargo argumentos suficientes para hacer estremecerse, por poco que sea, la creencia en el Progreso. Fantasma que recorre —parafraseando a Marx— no ya Europa sino el mundo, la idea de Progreso, refractaria a todo proceso de inteligibilidad, es, junto con sus secuelas de ignorancia, decadencia y destrucción, lo único que en verdad

progresista. La mentalidad progresista, que se pretende básicamente materialista, representa de forma paradójica el mayor culto jamás profesado a una idea, construcción fantasmal sin más realidad que la de un ectoplasma engendrado en los sótanos de su extraviada conciencia.

El patológico desarrollo, más allá de toda proporción, de la mente razonadora y analítica que ha generado en el hombre moderno la ilusión prometeica del Progreso parece, más bien, la compensación al progresivo obscurecimiento de una facultad intelectual más elevada que la razón, que haría posible al hombre antiguo un conocimiento superior. En consecuencia,

las supuestas conquistas técnicas, científicas, sociales, de la historia humana representarían, en todo caso, no un progreso, sino el efecto progresivo de compensación —en un orden ambiguo e inferior— ante la pérdida continuada y creciente de las prerrogativas espirituales que antaño poseía el ser humano y del poder que éstas le conferían, de uno u otro modo, sobre la materia, pues es una ley cósmica fundamental que todo descenso en el orden de lo cualitativo se ve acompañado de una expansión en el orden cuantitativo. La esencia disminuye para que la sustancia crezca.

El culto al Progreso se hipostasia en

diversas mediaciones —la ciencia, la técnica, el desarrollo económico, la democracia...—, otros tantos ídolos de la superstición racionalista. Superstición, en efecto, en tanto que atribución de un poder a algo que por esencia carece de él. No hay aquí metáfora alguna. El hombre moderno atribuye a sus ídolos el poder de llevarle a la plenitud de sus posibilidades, poder del que esos ídolos, con toda su potencia titánica, carecen por naturaleza. Así, la mentalidad progresista, que se cree racionalista y libre de prejuicios —pero atestada, en verdad, de creencias laicas—, es intrínseca y estrictamente

supersticiosa, como de modo certero apuntaba Simone Weil.

La adoración del progreso es la sublimación de la compulsiva necesidad psíquica que el hombre actual experimenta de que todo a su alrededor se renueve de forma incesante. Radicalmente insatisfecho con su cercenada existencia, espera en perpetua tensión la aparición externa de lo nuevo, como si algo importante pudiera ocurrirle que no fuera a surgir de su alma. La sociedad del espectáculo le hace fijar su mirada al exterior y el sistema productivo se encarga de proporcionarle novedades a un ritmo que supera incluso el de sus propias

demandas, de modo que sus necesidades psíquicas y los mecanismos del mercado se refuerzan mutuamente para que el hombre pase su vida corriendo de una novedad a otra. Da igual que se trate de máquinas, ropas, sensaciones, corrientes artísticas o mensajes religiosos. Todo debe ser nuevo para ser válido y toda innovación es, por definición, progreso.

Lo esencial permanece, y «vanidad y caza de viento», como dice el Eclesiastés, es todo lo impermanente: la renovación continua del entorno, la perpetua necesidad constrictiva de lo nuevo, revela, en última instancia, la inanidad substancial inherente a todo lo que el hombre moderno piensa, hace y

produce.

Cual Sísifo obligado a renovar perpetuamente la vida del mismo espejismo polimorfo, el hombre vive así en la absorbente ilusión de lo superfluo y lo inmediato: multiplicación infinita de posibilidades accesorias que reclaman la totalidad de la atención y exigen la renuncia a la posibilidad esencial, que se pierde en el olvido. Vivimos ya en el reino de la virtualidad, donde casi todo es posible pero nada es real. El hombre moderno, preso en su laberinto de ficciones, inabarcable red de senderos sin más objetivo que encerrarle en su interior, ignora lo que sabía cualquier hombre medianamente normal de la

antigüedad: que no se trata de multiplicar los caminos sino de llegar a su destino. Creando de manera incesante posibilidades nuevas que paralizan, confunden o dispersan, el mundo moderno no genera más que ansiedad y desequilibrio.

En las sociedades tradicionales una sabia austeridad, consubstancial al hombre normal, reducía los centros de atención al mínimo necesario; razonable y serenamente satisfechos con su presente, los mundos antiguos podían perpetuar usos y costumbres durante siglos o incluso milenios. Ante un abanico limitado de posibilidades materiales, el hombre primordial podía



hacer de la realización de cada una de ellas un acto esencial, una liturgia en la que concentraba todo su ser: sólo un acto así aprovecha al ser humano, sólo esa acción le transforma y le acerca a la dimensión de lo real. El límite físico es la posibilidad metafísica de apertura a la transcendencia. Donde la potencialidad material encuentra su límite se abre el camino hacia la realidad espiritual. Haciendo retroceder artificialmente sus fronteras, el hombre moderno aleja en la misma medida la posibilidad de escapar a la prisión en que se encierra.

Si hay, en estos momentos, un progreso necesario, ése no es otro que el

de acabar con el Progreso.

# II

## La ruptura con el cosmos

*Occidente es, sencillamente,  
una anomalía en el orden del  
cosmos.*

RENÉ GUÉNON

La experiencia de un cosmos radicalmente desacralizado es un hecho relativamente reciente. Para las culturas tradicionales (prácticamente todas a

excepción de la que impera en Occidente desde el Renacimiento y del ensayo que supuso la última fase del clasicismo grecolatino), la naturaleza nunca fue algo exclusivamente físico, pues siempre estuvo investida de un valor trascendente. Puesto que el cosmos era una creación, emanación o manifestación divina, el mundo todo estaba impregnado de sacralidad y siempre conservó, a los ojos del hombre tradicional, una incuestionable transparencia metafísica; como afirma Mircea Eliade, la propia estructura del mundo y de los fenómenos cósmicos expresaba, en las sociedades llamadas «primitivas», las distintas modalidades

de lo sagrado. El Cielo revelaba de forma inmediata la Transcendencia, la Eternidad, lo Absoluto; la Tierra ponía de manifiesto la infinita multiplicidad y la fecundidad sin límites de la Madre universal; los ritmos cíclicos mostraban el orden y la armonía del Espíritu. El cosmos hablaba entonces directamente al hombre como fuente inagotable de sentido y todos sus fenómenos estaban llenos de significado.

En los mitos, los dioses sugerían al alma la verdad profunda de su propia existencia. La actividad humana era entonces un sacrificio —es decir, un «hacer sagrado»— continuado, una celebración permanente. El rito no era

un acto meramente piadoso, entre el temor y la rutina, sino una vía de comunicación que le ponía en contacto con un nivel superior de realidad; en alguna medida, una abertura objetiva en la estructura física del mundo que, a modo de vidriera luminosa en los muros del templo cósmico, filtraba el paso de la luz celestial. El carácter ritual —del que todo acto participaba en uno u otro grado— rompía la horizontalidad de la sucesión temporal, que se abría en lo vertical como afloramiento del presente eterno en el tiempo. La liturgia ritmaba sacramentalmente unos trabajos que encontraban su arquetipo y su modelo en la actividad creadora del Infinito. La

vida entera del hombre tradicional, en su oficio y en su medio familiar, en su soledad y en sus fiestas comunales, en el sufrimiento, el juego, la ceremonia y la oración, era celebración sagrada del misterio de la vida en el cosmos.

Absorto por las responsabilidades sociales, morales o históricas —las únicas que en su ceguera conoce nuestra civilización— el ser humano actual es incapaz siquiera de imaginar lo que pueda significar y suponer una responsabilidad en el plano cósmico. Por eso no puede comprender la experiencia del hombre al que llama «primitivo» que, inteligible sólo desde su contexto cósmico y espiritual, se le

antoja inauténtica o infantil. Conforme los hombres fueron manipulando y controlando las fuerzas físicas de su entorno, se les fueron sustrayendo en igual medida las fuerzas sutiles y espirituales que constituían su fundamento. Con el desmantelamiento del orden tradicional que supuso el final del Medioevo y su pretensión de reorganizar presuntuosamente el mundo en torno a sí, el hombre moderno —el hombre «exclusivamente humano»—, sustituye todas las medidas divinas por medidas humanas. El énfasis en el desarrollo de la razón lógica frente a otras formas de conocimiento y la autonomía del individuo frente a la



colectividad son quizá los dos rasgos básicos que determinan la involución mental de Occidente a partir del Renacimiento. Un desarrollo tan hipertrofiado como unilateral de tales posibilidades ha provocado que el discurso de la razón desemboque en un positivismo contumaz, y el de la libertad personal en un individualismo ególatra. El hombre se ha ido apropiando de la superficie de un mundo en la misma medida en que ha renunciado a sus alturas, ha conquistado la materia a expensas del Espíritu, ha querido ganar una tierra aun a costa de perder el Cielo. Ahora, la llamada —no sin una ridícula y agresiva petulancia— «conquista del

espacio» coincide de manera sólo aparentemente paradójica con su desarraigo total y definitivo del cosmos.

El vínculo, actualmente perdido, con la Tierra-madre es algo más que una metáfora poética; en la raíz de la ruptura entre ser humano y cosmos se encuentra la pérdida de la conciencia de autoctonía, la desaparición de la solidaridad mística con la tierra natal, que situaba al hombre en el espacio y le otorgaba un lugar en el mundo; ese sentimiento de pertenecer a un pueblo y a un país —que no a una nación, y que nada tiene que ver con los modernos sentimientos nacionalistas—, hacía del hombre un ser centrado, es decir, unido

al Centro espiritual del mundo. Sólo a partir de ese punto es posible la orientación, y orientarse —nos recuerda Henry Corbin— es saber en que dirección está el Oriente. Desde ahí, el hombre podía discernir el levante del alma, el Oriente de las eternas luces por donde se levanta el Sol del Espíritu. Convertido ahora en «ciudadano universal», habitante de cualquier parte sin raíces en ninguna, perdido el Centro, que cohesiona e integra, el ser humano, desorientado y descentrado, vagabundo errático en la tierra de nadie de las ciudades, se fragmenta y se diluye en una multiplicidad de opiniones, deseos, pulsiones, sentimientos y actitudes:

atomizados residuos de un proceso de dispersión centrífuga que ningún recogimiento viene a equilibrar.

Fijado en el espacio, en su lugar, el hombre antiguo se incorporaba a una realidad perdurable que le precedía y le sobrevivía, que lo prolongaba en las dos direcciones del tiempo cuantitativo, y le permitía vivir su decurso como posibilidad salvífica. Mediante la integración en esa realidad supraindividual perdurable, en la Tradición (término que pierde todo su sentido en el contexto profano), el ser humano quedaba vinculado al Origen, a la vez que proyectado hacia su reactualización escatológica al Final del

Tiempo; abarcaba así la totalidad de su duración histórica, con la implícita posibilidad de trascenderla, de situarse en la hierohistoria, abriéndose al eterno presente, al Tiempo Magno de los orígenes, imagen prístina de la eternidad.

Cortando sus raíces en la tierra y rechazando la tradición, arrancándose al cosmos y renegando del cielo, el hombre moderno quiere creerse libre cuando no pasa de ser una especie de sombra en suspenso, fantasmal y alucinada, que vaga sin saber quién es ni qué hace aquí, en un cosmos enmudecido que no le revela ya ningún sentido. Hundido en su nequicia y en su agnosia, traduce el

desconcierto en agresivo espíritu de conquista: cubre la tierra con cemento, plástico y otros materiales igualmente abyectos, devora la duración con sus máquinas infernales, puebla de chatarra el espacio hasta donde sus posibilidades le permiten y llena de números el abismo que le separa del cielo.

A milenios de distancia, el ser humano actual consume, como en un eco amplificado, la caída edénica: expulsado entonces del recinto sagrado, y desterrado hoy, pues ninguna tierra puede sentir ya como suya. ¿Cómo identificarse con un paisaje rasgado y entenebrecido por el asfalto, el hormigón y el hierro? Arrojado entonces

a la muerte y entregado a la turbadora ambigüedad de la historia, hasta de esa historia se encuentra ahora privado. Preso en el tiempo cuantitativo, reniega de un pasado que cree muerto, hace del futuro la substancia virtual con que modelar sus mórbidos ensueños y se debate convulso en la tarea imposible de confiscar el instante, vacío de cualquier esencia. Inconsciente de la manifiesta paradoja que encierran sus palabras, el hombre moderno presume gustoso de pertenecer a su tiempo. Pero «su tiempo» es el tiempo anónimo, convertido en cifra, de sus relojes digitales, tiempo muerto, desposeído de toda dimensión simbólica; trasponiendo

la expresión platónica: imagen inerte de la fugacidad. El tiempo, en efecto, ya no le pertenece. El hombre moderno ya no tiene tiempo.

Sin tiempo y sin lugar, exiliado del Origen y del Centro, su mundo —su mundo interior y, en la medida en que alcanza a modificarlo, también su mundo exterior— no es ya un Cosmos sino un Caos.



# III

## La ciencia

*No es el conocimiento lo que  
ilumina el Misterio,  
sino el Misterio lo que ilumina  
el conocimiento.*

*Conocemos gracias a lo que  
nunca conoceremos.*

P. EVDOKIMOV

Comprender la situación del hombre con relación al cosmos exige profundizar en el significado de ambos términos. Pero

no es con microscopios como podremos entender lo que es el hombre, ni tampoco con telescopios como averiguaremos qué es el cosmos. Comprender es remitir cada fenómeno a su arquetipo celestial, percibir la dimensión universal que se transparenta en cada evento singular. Es éste un proceso que nada tiene que ver con el saber de la ciencia moderna, que es mera acumulación de información sobre el aspecto accidental de los fenómenos, reducible, por tanto, a datos estrictamente cuantificables. La ciencia moderna, que sólo toma en cuenta los datos percibidos por los sentidos o recogidos por medio de su instrumental

tecnológico, ignora por ello mismo todo cuanto trasciende el orden físico, lo que equivale a decir que ignora lo fundamental, pues «lo secreto —como dice el Zohar— habita en el corazón de la apariencia, y lo conocido no es más que un aspecto aparente de lo desconocido». En efecto, el hecho fenoménico no es más que la superficie externa de un proceso que se desarrolla en profundidad, a través de una pluralidad de niveles suprafísicos, y que escapa, por tanto, a los órganos sensoriales lo mismo que a los instrumentos técnicos.

Estructurado según una **visión mecanicista de la realidad**, el moderno

conocimiento científico es un saber ignorante, que deja escapar cuanto de significativo y decisivo hay en el mundo de los fenómenos para la existencia humana; pretende la universalidad, pero, limitando de entrada su visión al campo de lo físicamente constatable o de lo expresable en su lenguaje matemático, rechaza cualquier otra posibilidad de conocimiento y, a partir de ahí, con la misma autoridad con que un ciego podría negar la realidad de los colores, decreta la inexistencia de todo lo que no alcanza a percibir y niega el sentido a todo aquello que es incapaz de comprender; en otras palabras, erige su miopía en método y su desconocimiento

en sistema. Amputada la realidad para ajustarla a los límites de sus hipótesis, la ciencia, excluyendo todo lo que podría cuestionarla, no puede hacer otra cosa que verificarse continuamente a sí misma.

Sus descripciones del mundo fenoménico, tan detalladas y prolijas como se quiera, en ningún caso penetran un ápice tras la corteza exterior de lo real. Proporcionará así una interpretación más o menos detallada de la apariencia del fenómeno, pero siempre a expensas de la ignorancia total de cuanto excluye, es decir, de lo esencial. En consecuencia, jamás esclarece la razón última de ser de los

procesos; sus pretendidas explicaciones no son, en el mejor de los casos, sino meras descripciones de los cambios que se suceden en la superficie: crónicas de sucesos, murallas de palabras o de signos en torno a un misterio que permanentemente se sustrae. Y en la medida en que tiende hacia la cantidad pura, la ciencia progresa en insignificancia y en in-sensatez, pues significado y sentido son prerrogativas de la cualidad, ajenas al ámbito de la cantidad.

En contra de lo que creen tantos estudiosos modernos, el hombre antiguo jamás persiguió en sus cosmologías la exactitud científica, sino lo que él sabía

mucho más importante: la verdad espiritual que se expresaba a través de los mitos y los símbolos. Si los esquemas cosmológicos de la antigüedad colocaban a la Tierra —y por ende al hombre— en el centro del Universo, era en tanto que imágenes geomórficas en el entramado simbólico de la realidad total, no como descripciones de una realidad física que sólo tenía un valor muy secundario para el hombre tradicional. Inconsciente de la insignificancia esencial a que él mismo se ha reducido, desterrado a la periferia material del cosmos, el hombre moderno pretende ocupar presuntuosamente el centro mismo de toda realidad; es él y

no el hombre medieval el que, con tanta ingenuidad como soberbia, se cree en el centro del mundo.

Si los científicos renacentistas tenían razón frente a los del Medioevo, era sólo en cuanto a la exactitud de los fenómenos, pero no en cuanto a la verdad de la esencia ni a la legitimidad del conocimiento. El propio Goethe, negándose a mirar por el telescopio, vio infinitamente más lejos que Galileo con su nuevo artefacto. A diferencia de la ciencia moderna, las ciencias tradicionales no buscaban la exactitud cuantitativa sino la Verdad cualitativa. Poniendo de relieve la multiplicidad de los planos del Ser y la vinculación de



las realidades del mundo físico con sus arquetipos metacósmicos, las cosmologías antiguas, por ingenuas o inexactas que a la mentalidad moderna le puedan parecer en sus apreciaciones, estaban mucho más próximas a la verdad que la ciencia actual con todo su aparato tecnológico y su maníaca obsesión de exactitud.

Hay dos verdades fundamentales sobre el conocimiento de los fenómenos. Primera, el ser humano está hecho para lo Absoluto y todo conocimiento fragmentario desgajado de sus raíces metafísicas acaba resultando fatídico. Segunda, el ser humano no tiene derecho a conocer cuanto quiera o pueda en el

dominio de la naturaleza. El conocimiento de lo relativo debe estar en función de su madurez mental y espiritual y de su recta voluntad para hacer de él un uso prudente y circunspecto. No se enseña a un niño el funcionamiento de un arma. El hombre moderno se cree adulto, pero, colectivamente hablando, es incapaz de cualquier autocontrol y, suprimida toda barrera como ignominiosa afrenta a lo que llama su «libertad», se encuentra a merced de sus apetencias e impulsos más primarios e inmediatos.

En suma, hay un conocimiento superior y unos saberes inferiores. Los saberes inferiores, las ciencias

analíticas, son legítimas sólo cuando se desarrollan paralelamente al conocimiento de las verdades fundamentales y están vinculadas a éstas, pues sólo el conocimiento de lo absoluto puede preservar, garantizar y fundamentar el conocimiento de lo relativo.

Quizá la más infausta consecuencia de la ciencia moderna sea haber producido una incapacidad generalizada para percibir el misterio insondable que late en todo lo real, adormeciendo en el hombre toda capacidad de captación de lo intangible, es decir, cualquier rastro de inteligencia específicamente humana. Los científicos, superponiendo al

cosmos una estructura matemática, han destruido la visión orgánica de la naturaleza, reduciendo el mundo natural a un conjunto de leyes mecánicas. Al abolir toda conciencia de la relación entre ser humano, cosmos y Dios, la ciencia, saber literalmente superficial, ha planificado el mundo arrancándole toda dimensión de profundidad. El hombre tradicional vivía en un universo de valores simbólicos y, por tanto, potencialmente abierto por todas partes al Infinito. El hombre de mentalidad científica ha sustituido la verdad cualitativa por la exactitud cuantitativa, es decir, ha despreciado la sabiduría por el cálculo (y calcular es propio de

mercenarios, decía san Juan Crisóstomo), ha trocado la multidimensionalidad del símbolo que abre a lo universal por la unidimensionalidad de la cifra que encierra en lo particular, ha sustituido el universo polivalente de las antiguas imágenes cosmológicas, que desbordaban su mente estrechamente aritmética, por un mundo de discursos, de cifras y de signos, al que atribuye (¡a saber por qué!) mayor grado de realidad, y ha recluido a la inteligencia en el marco de un estrecho dualismo entre la empiria de lo sensorialmente percibido y la abstracción desencarnada del razonamiento lógico, los dos polos

entre los que se debate convulsa la esquizofrenia intelectual del Occidente contemporáneo. Se ha encerrado así en la reducida y lúgubre caverna en la que una razón analítica mutilada, en tanto que desgajada de sus raíces luminosas, confunde las esencias con las contingencias, los seres con sus sombras: la mentalidad científica —es decir, la mentalidad hoy en día común— vive rodeada de fantasmas, su mundo es un mundo de espectros.

Lo menos que puede decirse es que una cosmovisión articulada en ecuaciones matemáticas no es más legítima que otra surgida de la imaginación creadora y la experiencia

visionaria, pero sin embargo el hombre de mentalidad científica se cree más sabio que el de siglos pasados simplemente porque es capaz de encadenar retahílas de fórmulas, olvidando que cualquier sabiduría antigua empezaba por colocar al ser humano ante el Misterio, enfrentándolo con el Absoluto y con la Nada, límites cuidadosamente esquivados por el cómodo relativismo contemporáneo. Renunciando de antemano a hablar de lo único que importa, la moderna ciencia occidental podría ocupar, a lo sumo, unas cuantas notas a pie de página en la historia del conocimiento humano.

Levantada sobre las ruinas de

antiguas sabidurías, la ciencia asume actualmente el papel que antaño desempeñó el aspecto exotérico de las religiones en el campo de las creencias. El fervor científico ha sustituido al religioso en la mentalidad popular y los dogmas de la ciencia —para la que no hay más libertad de pensar que la que ella autoriza— ocupan el lugar que en su día ocuparon los de la Iglesia; todo enunciado avalado por la etiqueta de «científico» es considerado como axiomáticamente verdadero, expresión apodíctica de una Verdad superior, actitud tanto más chocante cuanto que es de público dominio que no hay teoría científica que resista incólume el paso



de unos pocos años. En un mundo que declara abolida toda discriminación, en el que cualquiera puede ser artista, juez o jefe de estado —y ahí están las consecuencias— y donde todos tienen derecho a opinar de todo, el profano nada puede decir de los asertos de la ciencia; sólo el linaje selecto de los científicos, mistagogos de la Nueva Iglesia Universal, disfruta el privilegio de la palabra, la prerrogativa de dictar los principios que regirán el universo durante la próxima década. Responsables inmediatos de las armas químicas y nucleares, de las sustancias de toda índole que envenenan la tierra, el aire y el agua, de cuantos ingenios

siembran la muerte de cuerpos y de almas a lo largo y ancho del mundo, los científicos, auténticos virtuosos del cataclismo, se sitúan sin embargo en la mentalidad popular más allá del bien y del mal, como no lo estuvo nunca una casta sacerdotal o un grupo de poder. Parece como si todas las plagas y calamidades que nos azotan y las innumerables modalidades de destrucción que consciente e inconscientemente ha desarrollado la humanidad, y con las que se devasta el planeta y se extermina a los seres humanos, no tuvieran nada que ver con la ciencia.

Como tendencias especulativas al

margen de toda forma de experiencia, las llamadas nuevas orientaciones de la ciencia, que abolirían supuestamente el materialismo mecanicista de los últimos siglos, son más bien irrelevantes. Hablar de energía en lugar de materia, de espacio curvo de múltiples dimensiones en lugar del espacio euclidiano, etc., es sustituir unas imágenes físicas —que podrían, en todo caso, conservar el valor de símbolos— por especulaciones tan complejas como estrictamente conceptuales y, a la postre, alejarse más, si cabe, de cualquier conocimiento en profundidad. Un mundo que no puede ser percibido ni imaginado, que sólo puede ser expresado en formulaciones

matemáticas, no pasa de ser una fantasía inerte que el hombre no habita, monstruosa e inoperante proyección de la patología hipertrófica de su mente analítica. Algunos de esos «nuevos científicos», como niños deseosos de meter en su cubo toda el agua del océano, andan ahora a la búsqueda de un hueco en su entramado en el que poder meter a Dios y ofrecer así —se imaginan— la idea de una ciencia espiritualizada. Mejor harían en buscar más humildemente en Dios las posibilidades de ubicación de cualquier conocimiento, incluido el conocimiento inferior de la ciencia.

En cualquier caso, sus nuevas

orientaciones teóricas no impiden a la ciencia seguir promoviendo las mutaciones genéticas, las clonaciones humanas o el perfeccionamiento incesante de la industria de la guerra. Los problemas básicos de la ciencia son los límites legítimos y oportunos del conocimiento, el equilibrio entre el saber y el ser, la jerarquía entre el Conocimiento y los saberes; y ninguna «nueva ciencia» parece interesada en considerar tales problemas. Si el pensamiento científico aspira todavía a conocer algo real, debería empezar por volver su mirada sobre sí y plantearse las razones de que su cultivo y aplicación hayan colocado al mundo al

borde mismo de su total destrucción.

Quieran aceptarlo o no los científicos, el Misterio nos envuelve y es nuestro destino, nos aguarda ineluctablemente tras cada interrogante radical de la existencia y nos impulsa hacia la transcendencia, allí donde la ciencia no podrá acceder jamás.

# IV

## La técnica

*Donde no hay dioses, imperan  
los demonios.*

NOVALIS

Si la ciencia impone desde lo alto un temor reverencial, la técnica seduce más directamente con la inmediatez asequible de sus prestidigitaciones. El hombre moderno, identificado con la creencia en la necesidad de un progreso técnico indefinido, parece incapaz de

contemplar esta idea como lo que realmente es: un prejuicio jamás compartido por ninguna otra cultura, fraguado en la ansiedad generada por su vacío existencial y alimentado por su incapacidad para diferenciar entre medios y fines.

La pérdida de relación directa con la naturaleza que toda técnica implica puede florecer —si los medios se mantienen dentro de sus legítimos límites y son santa y sabiamente utilizados— como creatividad al servicio de su vida mental y espiritual. Traspasados esos límites de manera definitiva con la revolución industrial del siglo XIX, la máquina irrumpe en



escena de forma generalizada. Existían máquinas desde mucho antes, es cierto, pero su difusión era escasa, no determinaban el orden social y, salvo excepciones, conservaban, en general, unas dimensiones y un carácter todavía humanos; un telar manual, por complejo que fuese, permitía al hombre una actividad serena, consciente y creadora, cargada además de contenidos simbólicos que le vinculaban a una realidad trascendente; no forzaba el apresuramiento, no devoraba materias tenebrosas y no obligaba al expolio de la naturaleza para alimentarlo. En definitiva, no era un obstáculo al conocimiento, ni a la actitud devocional

o ritual.

Pero la posibilidad de multiplicar su capacidad destructiva fue una tentación insuperable para una humanidad que, no pudiendo ser como los dioses, aspiraba a ser como los titanes. Las aciagas promesas escondidas en el mecanismo de la catapulta se impusieron progresivamente en el alma fáustica a la utilidad serena de telares, norias y molinos, determinando de manera decisiva la orientación del desarrollo tecnológico.

Incapaz del más elemental control sobre su mente, su voluntad o sus instintos, el hombre moderno se consuela de su impotencia interior

viviendo como compensación la ilusión de desplegar al exterior el poder que la técnica le ofrece. Pero la técnica, que según ciertos utopistas debía realizar el trabajo de los humanos y dar a éstos libertad y autonomía, ha promovido justo lo contrario: un hombre más indefenso de lo que nunca lo había estado antes cuando se ve abandonado al medio natural, permanentemente preso de una compulsiva necesidad de hacer y que no dispone ya de un instante de su tiempo, socialmente programado hasta en sus ocios. Incapaz de comprender que los santos —como decía Frithjof Schuon— llegaban en sus éxtasis infinitamente más lejos que los astronautas en sus

naves espaciales, el hombre del siglo XXI podrá, tal vez, empeñarse en recorrer planetas y hasta galaxias, pero se ha vuelto radicalmente impotente para superar la intangible distancia que le separa de sí mismo.

El maquinismo, imagen y síntesis de la desmesura, pone en funcionamiento energías colosales para la consecución de objetivos cualitativamente minúsculos o despreciables y reemplaza la relación orgánica, libre y creadora con el entorno vital por un sistema de pautas mecánicas, predeterminadas y esclavizantes. Toda máquina «maquiniza», imponiendo al hombre un ambiente inhumano, manipulaciones tan

grotescas como monótonas, gestos y conductas ininteligibles, sin belleza y sin alma, sustituyendo la fecunda complejidad de los ritmos cósmicos por la uniformidad plana y lineal de la muerte. Si proporción y ritmo son los elementos característicos de la creación artística, se puede afirmar sin exageración alguna que con el maquinismo estamos ante la inversión satánica del arte. Que ahora se hable de «máquinas inteligentes» no es sólo un uso absurdo del lenguaje: es, como también afirma Frithjof Schuon, la demostración palpable de que ya no se tiene ni la más remota idea de lo que es la inteligencia; de hecho, el maquinismo

es efecto y causa de un mundo en el que la astucia ha sustituido a la inteligencia y la utilidad ha usurpado el lugar de la verdad.

Efecto significativo del maquinismo es la fascinación que ejerce sobre la estructura mental del hombre moderno, que puede quedar cautivado y cautivo de cualquier siniestro amasijo de hierros y engranajes capaz de propulsarle contra la muerte a varios cientos de kilómetros por hora. Reactualización del pecado original que clarifica el sentido de la historia, pues entre ceder a la tentación de ser como dioses y a la de poder desplazarse a una velocidad disparatada, que atenta contra la vida e

impone un ritmo infernal a la existencia, media una reveladora diferencia: la mediocridad conquistada a pulso por el hombre occidental tras varios siglos de perseverancia y esfuerzo.

La revolución tecnológica de los últimos años ha venido a sustituir el carácter de brutalidad y aplastamiento de las máquinas de hace unas décadas por la ligereza, la manejabilidad y la asepsia de las nuevas tecnologías. El resultado es un incremento de su capacidad hipnótica y de la falsa idea de autonomía del ser humano frente a la técnica. Si la locomotora de vapor se imponía por la evidencia brutal y mastodónica de su presencia, lo hacía,

empero, marcando un hiato, dejando un espacio entre hombre y máquina en el que el exorcismo o la rebelión eran todavía posibles. La televisión vino a anular esa distancia, reemplazando el sometimiento violento de los cuerpos por la demolición satisfecha de las inteligencias, siempre, eso sí, con las máximas garantías de higiene: tenemos una civilización en la que se esteriliza de forma escrupulosa la vajilla y luego se alimenta la mente con basuras. La informática perfecciona las posibilidades de control, marcando el camino a la creación del individuo plenamente robotizado, incapaz de rebelión por cuanto convencido de



ejercer su libertad. Los últimos ingenios de la electrónica seducen al hombre desde su interior, con la atroz levedad de un delirio onírico que atrapándolo desde dentro anula la posibilidad de despertar. Desacostumbrado a las realidades inmateriales por la pesantez ciclópea del maquinismo convencional, el tecnólatra parece fisiológicamente incapaz de percibir los lazos invisibles que le sujetan a la Megamáquina, ante la que es tan libre como un tornillo en presencia de un electroimán.

La revolución informática, aunque presumiblemente en sus comienzos, anuncia la completa sustitución de la

realidad por el simulacro, la victoria, definitiva o no, del poder envolvente de la ilusión; nada queda al margen del proceso informático, que mediatiza la totalidad de una existencia voluntariamente reducida a las posibilidades tecnológicas. Asistimos a una revolución sin precedentes en la historia: nunca antes se había interpuesto un elemento mediador entre el hombre y el mundo con esa omniabarcante capacidad de expansión y con tal poder de convicción. Masivamente aclamado con euforia, ningún totalitarismo se había encontrado nunca con menos resistencia.

La artificiosa y creciente

complejidad de la vida social es causa de que hasta los actos más nimios exijan informaciones precisas, e Internet, fuente de toda información, hipnótico punto de referencia de una humanidad tecnificada, se convierte en mediador único y universal, anómico y democrático, entre el hombre y su reformulado destino.

En una estafa de dimensiones cósmicas, se nos propone sustituir la variedad de actos múltiples y diversos que formaban la vida humana y ponían al individuo en relación directa con el mundo, por la manipulación maquinal del teclado de un ingenio electrónico, nuevo horizonte existencial del humano informatizado.

La información desplaza y aherroja así al conocimiento, pero a la sustitución del conocimiento por la información le sigue la enajenación de la información misma que, permanentemente disponible, se hace por ello mismo innecesaria. La facilidad absoluta de acceder a la información genera la desinformación absoluta. Cada vez son menos, por ejemplo, quienes son capaces de realizar mentalmente una operación aritmética elemental. Extirpada de toda acción cualquier dimensión de transcendencia, nada justifica un acto que implique esfuerzo o dificultad y que los ingenios tecnológicos puedan hacer por nosotros;

por ejemplo: trabajar, discurrir y quién sabe si, en última instancia, vivir.

Si el maquinismo convencional atentaba básicamente contra el orden de la naturaleza, la revolución informática va dirigida de manera directa contra el Espíritu. Sin humos, sin ruido, sin contaminación, sin policías y sin violencia; con ventajas, además, pues siempre es posible encontrar en la tecnología algún nivel primario de beneficio individual que dificulta en mayor o menor grado la percepción clara de su significado global. Si la revolución informática amenaza con aniquilar a los hombres, lo hace por vía de consecuencia, de forma implacable

pero indirecta. Se diría que su objetivo inmediato no son tanto los individuos cuanto la humanidad, a la que, invitando a tu mundo de potencialidades infinitas, ofrece el más temible de los regalos: la posibilidad de ver cumplidos sin esfuerzo una gran parte de sus deseos. Poco hace falta para olvidar que, en definitiva, sólo un deseo es absolutamente legítimo: la realización de su destino supremo, y que, para cumplirlo, la utilidad de la técnica es sencillamente nula.

La eventualidad de un mundo gobernado por máquinas ha dejado de ser ciencia-ficción por un camino no previsto: las máquinas no pueden

superar la inteligencia humana, pero los hombres sí pueden renunciar a su condición original, dobligar su inteligencia y someterse voluntariamente al artificio tecnológico; pueden, en definitiva, alcanzar el embrutecimiento suficiente para reducir su conciencia al nivel de las posibilidades informáticas, y, máquina contra máquina, no hay duda, el ordenador es más perfecto.

Es necedad y quimera pretender un sabio uso de las máquinas. Sólo una colectividad de hombres nobles, capaces de guardar las distancias y diestros en el difícil arte de la renuncia, podría mantener su integridad ante las máquinas. Pero tales hombres para nada

precisarían de ellas. Corresponde a la naturaleza esencial de la técnica —y no a sus modalidades de uso, como ingenuamente quieren creer algunos— el seducir y el hipnotizar. La máquina es cualitativamente distinta a la herramienta, pues su sola presencia supone un irresistible reclamo para su utilización: antes de que el hombre empiece a utilizar la máquina, la máquina ya ha empezado a utilizar al hombre. El maquinismo fomenta por sí mismo la ansiedad que alimenta la necesidad febril de inventar, de crear incesantemente nuevos e inverosímiles artilugios que sólo unas mentes sumidas en la ofuscación y el desvarío, ajenas al



más elemental sentido de la vida, pueden sancionar como útiles o convenientes; necesidad que amenaza con visos de fatalidad: el hombre moderno podrá quizá dominar las fuerzas de la naturaleza física, pero parece incapaz de controlar su mente y, víctima del espejismo de la cantidad, avanza a velocidad vertiginosa a estrellarse de bruces con la Nada.

No captar de forma inmediata la devastación ontológica que la mera presencia de un ingenio mecánico o electrónico ocasiona en el orden de la naturaleza y del espíritu es como no ser capaz de percibir la anomalía que supondría la irrupción de una

locomotora en un concierto. Que el hombre moderno contemple sin estremecimiento el fenómeno de la moderna tecnología, como si de algo normal o neutro se tratase, sólo revela la magnitud de su insensibilización estética y el espesor de las tinieblas que envuelven su discernimiento intelectual, impidiéndole imaginar cómo podrían ser las cosas si no fueran como son. Tal vez su problema estribe, en buena medida, en la muerte de la imaginación.

Como Fausto, el hombre moderno ha comprado el poder que la técnica le ofrece al precio de su alma, pues la posesión de nuevos avances técnicos no hace sino estimular la necesidad de los

mismos y acrecentar indefinidamente sus carencias: en lugar de eliminar dependencias, la técnica las multiplica; de cada capricho que satisface, surgen diez urgencias nuevas que le acosan y le atan. La aparición de nuevos avances técnicos y la necesidad creciente que experimenta de ellos constituyen un solo y único proceso, mecanismo doble cuyas partes se alimentan recíprocamente. Aprendiz de brujo, que desencadena unas fuerzas que no puede controlar, el hombre se precipita en un torbellino enloquecido. El proceso técnico, modificando sin cesar todas las condiciones de la existencia, impide la estabilidad y la maduración, que sólo el

tiempo puede aportar. El desarrollo técnico devora literalmente el tiempo. La técnica, absorbiendo de manera ininterrumpida sus frutos de un pasado cada vez más próximo, se diría ya cercana a consumirse a sí misma. Clímax que podría propiciar, idealmente, su único ejercicio legítimo: la autoinmolación, la posibilidad de hacer desaparecer, sin dejar ni rastro, todo aquello que ha engendrado. El colapso autodevorador sería la ocasión para que nuestros inventos hicieran por una vez algo verdaderamente útil y desapareciesen de la faz de la tierra con una cierta dignidad. Demasiada grandeza, sin duda, para ese mediocre

sucedáneo de demiurgo que es la técnica. «El buen caminante no deja huellas» —dice el Tao te king—, pero si la técnica desaparece, lo hará reventando innoblemente, esparciendo sus entrañas por doquier y dejando tras de sí un mundo convertido en un gigantesco vertedero: el legado póstumo de nuestra cultura a la historia del planeta.

La utilización de la máquina a nivel individual, dada la estructura social en que vivimos, es probablemente inevitable, pero ello no sólo no legitima el maquinismo, sino que pone de manifiesto el carácter totalitario del entramado social que determina. Y si

bien a nadie le es permitido vivir ya al margen de las máquinas, la imposición totalitaria jamás justificará, sin embargo, la tecnolatría a que gustosa y voluntariamente se entrega hoy en día el hombre común sin que nada le obligue de forma directa a ello. Una cosa es la aceptación vigilante de las imposiciones que la presión social hace más o menos insalvables, y otra muy distinta el abandono gratuito, frívolo y complacido, la rendición sin condiciones a las fuerzas del Caos. «¡Ay de aquellos que están a gusto en Sión!», advertía el profeta Amos.

La fascinación que la técnica ejerce está, cada vez más, al abrigo de toda

crítica: fragmentada su mente hasta la atomización, la mermada inteligencia del hombre tecnodependiente no puede acceder a una visión totalizadora. Puesto que hombre y máquina deben coexistir y no es posible humanizar el maquinismo, la lógica delirante que rige el sistema social obliga a maquinizar al hombre. Ajustados sus conocimientos a lo que la máquina le exige y sus deseos a lo que la máquina le ofrece, su universo se empequeñece a las dimensiones exactas de su horizonte tecnológico, es decir, de su jaula confortable. Fuera, el vacío.

Más allá de cualquier destrucción materialmente constatable, la técnica con la ilusión de poder, como la ciencia

con la ilusión de conocer, generan ineluctable y fatídicamente el olvido radical del Misterio. Y si algunas voces, tímidas y ambiguas, se alzan en ocasiones contra la ciencia y la técnica, haciéndolas responsables de la destrucción del medio natural, pocos se percatan de que, con toda su gravedad, lo más catastrófico no es tanto la destrucción del mundo físico cuanto la destrucción del mundo del Alma, que nos vincula y nos abre el camino a la transcendencia.



# V

## El desarrollo económico

*Para juzgar el progreso  
no basta conocer lo que nos  
da;  
hay que conocer también lo que  
nos quita.*

BAUDOUIN DE BODINAT

Es Ley de Dios que todo ser humano  
tiene derecho a disponer de los medios

naturales que le posibiliten su desarrollo físico, mental y espiritual. Ahora bien, esos medios tienen un límite en cuanto a su legitimidad, que no es otro —desde el punto de vista técnico— que el que señalan las artes y oficios de las sociedades tradicionales. Pero no sólo el modo de su actividad, sino también el volumen de sus resultados, debe mantenerse dentro de unos límites, difíciles de precisar, quizá, en términos cuantitativos, pero relativamente claros, al menos, para aquellos que conserven el sentido de las proporciones y cuya mente no se encuentre obnubilada por los criterios en vigencia. Pasada esa cota, la insistencia en un mayor

desarrollo se torna ilegítima y nefasta.

En efecto, a partir de un determinado punto, el crecimiento material sólo puede promoverse a expensas del crecimiento mental y espiritual; es ésta una ley empíricamente constatable, por más que su justificación teórica pueda ser compleja. Hablando en términos generales, la riqueza no genera más que estupidez y perversión. Y no sólo eso: la austeridad es una condición ineludible de toda felicidad terrenal que merezca tal nombre y de todo progreso espiritual. No es ésta una actitud penitencial (por más que este aspecto, del que eventualmente pueda revestirse, no sea necesariamente desdeñable) sino

sapiencial e intrínsecamente liberadora; la austeridad o pobreza a que aquí se alude no es miseria y nada tiene que ver con la mortificación; sería más bien la utilización correcta de toda la energía humana física, vital y mental; el despliegue en cada momento y en cada situación de la estrictamente necesaria, y la orientación de la restante hacia más altos fines mediante su transmutación alquímica interna en energía espiritual. La austeridad así entendida, que incluye y trasciende los límites de lo material, aliviaría al hombre actual de la asfixiante carga de objetos, ansiedades, necesidades y miedos que cotidiana y llevaderamente le asesinan.

Reducido a la condición de irrelevante engranaje en el mecanismo del mercado, el *homo economicus*, presa de una ansiedad crónica, aquejado de bulimia existencial desde el nacimiento, trata de llenar con la acumulación cuantitativa la oquedad infinita que la muerte del alma ha dejado en su interior. Quiere entonces poseerlo todo, probarlo todo, verlo todo, saberlo todo, llegar a todas partes; abolido el sentido del pecado, revocada toda noción de límite, arrinconada la idea misma de verdad, todo lo estima permitido y cualquier cortapisa o restricción le parece una afrenta inaceptable.

Sin negar que Occidente esté sumido, como decía Heidegger, en el olvido del ser, no menor, ni menos grave, es su desprecio del no-ser. Incapacitado para comprender el valor del vacío, del silencio, de la renuncia, de la ausencia, de la carencia, del no-hacer, el hombre medio actual ignora que la dignidad humana no viene determinada por lo que puede llegar a poseer sino por aquello de que es capaz de prescindir, por las necesidades que logra suprimir, por todas las cosas superfluas o triviales de que sabe apartar, indiferente, la mirada. Víctima de sus prejuicios progresistas, no puede comprender que la pobreza, la humildad

o la templanza no son actitudes penitenciales para llegar a algún imaginario cielo sino, antes que nada, simples requisitos para acceder a la condición humana; el hombre moderno precisaría ahora de una pobreza física y metafísica, de una castidad ontológica: la renuncia a disfrutarlo todo, a tocarlo todo, a poseerlo todo. Ceñirse a lo esencial, renunciar a lo trivial y sustraerse a la dispersión es la ascesis elemental que permite acceder a la sencillez del ser que convierte al individuo en persona. «No a lo más sino a lo menos», era el sabio lema de san Juan de la Cruz, que hoy sólo se contemplaría como inconsciencia o

desvarío, pues «más» parece la palabra clave de nuestra cultura, el remedio de todos los males, la solución para todos los problemas; cualquiera que sea la dificultad planteada, todo se arregla con más medios, más técnica, más ciencia, más información, más presupuesto, más desarrollo: acumulación exterior con la que el hombre moderno trata de ocultarse su privación interior, pero que, a modo de lastre, le hunde cada vez más en su penuria.

La sentencia evangélica que afirma la imposibilidad de servir a dos amos no es una amonestación piadosa, sino la formulación de una ley cósmica: la cantidad se alimenta de la cualidad, y



aquella crece sólo en la medida en que ésta merma. Sintéticamente hablando: cuanto más tenemos, menos somos. El desarrollo mata; empobrece materialmente hasta la más mísera indigencia a una mitad de la humanidad, y mata espiritualmente de mentecatez a la mitad a la que no mata físicamente de hambre. Y reemplazar el concepto «nivel de consumo» por el de «calidad de vida» es un eufemismo mixtificador que sólo engaña a quienes ya están predispuestos a engañarse a sí mismos.

Dada la situación actual, con un perentorio problema de superpoblación y con millones de personas viviendo y muriendo en la miseria, sólo una cultura

de la pobreza, una sociedad que hiciese de la austeridad y la generosidad solidaria sus principios rectores, donde cualquier lujo o despilfarro —y casi todo es lujo o despilfarro en Occidente— quedase radicalmente proscrito, podría garantizar una vida digna para toda la familia humana sin necesidad de perpetuar el pillaje y saqueo de la naturaleza. El «desarrollo» de una parte del mundo se ha construido sobre la aniquilación programada del planeta y, a la vez, sobre la explotación, el despojamiento, el sufrimiento y la muerte de millones de seres humanos. Seguir esgrimiendo el planteamiento desarrollista como vía de solución a los

problemas sociales es colaborar con la destrucción y la anulación física, mental y espiritual del individuo, de la colectividad y de su entorno. Y pretender disimular los excesos del desarrollismo con epítetos como el de la «sostenibilidad» es sólo un intento más de perpetuar el reino de la cantidad, de manera hipócrita y sibilina, tratando de liberarse de la mala conciencia. Coincidiendo con la ideología dominante, la tesis del desarrollo sostenible supone que los problemas del mundo son técnicos, y las soluciones requeridas, económicas. Planteamiento característicamente tecnocrático, que olvida lo esencial: primero, que los

problemas técnicos o económicos son expresión de problemas genuinamente metafísicos y, segundo, que incluso en el dominio estricto de la economía, el problema no es tanto el subdesarrollo del tercer mundo, cuanto el hiperdesarrollo del primero. La cuestión que, en esta parte del mundo, es urgente plantearse, no es la de hacer compatible el equilibrio natural con el desarrollo y la riqueza, como muchos piensan, sino con la austeridad y la santa pobreza, lo que, dicho sea de paso, es —al menos desde un punto de vista técnico— bastante más sencillo. Sin que ello implique idealizar cualquier forma de primitivismo, puede afirmarse que una

civilización verdaderamente superior reduciría al mínimo sus necesidades materiales y su desarrollo técnico y económico.

Pero Occidente convierte pomposamente sus limitaciones en virtudes, sus perversiones en valores culturales y, no contento con ello, pretende aplicarlas como criterio de medición a otras culturas. No se entiende ya que una civilización que prefiere desplazarse a pie o a caballo en lugar de hacerlo en una máquina siniestra a varios cientos de kilómetros por hora no es una civilización inferior o atrasada, sino sencillamente una civilización sin prisas. En nuestro

mundo, la realización del acto cotidiano más simple arrastra tras de sí mecanismos de dimensión planetaria que suponen un montaje industrial monstruoso, la perforación y esquilma de las entrañas de la tierra, el mantenimiento de ciclópeas redes de producción, transporte y distribución, la implicación en el proceso de millones de personas. A este delirio exorbitado, acumulación enloquecida de dificultades, se le llama «progreso» y se considera «primitivo» al hombre que sabe resolver su vida con unos sencillos instrumentos que él mismo se fabrica. Ya un antiguo sabio griego al que unos contemporáneos

autosatisfechos mostraban orgullosos los últimos desarrollos de su industria no pudo dejar de exclamar: «¡Qué maravilla! ¡Cuántos objetos de los que yo no tengo necesidad ninguna!».

Como respondiendo a una ley metafísica de conservación de la energía, todo lo que el desarrollo nos aporta en forma de supuestas riquezas materiales nos lo arrebató en forma de humanidad. La verdadera materia prima que las fábricas consumen y transforman en la invertida alquimia de la producción industrial, que transforma el oro quintaesencial de la inteligencia en el más pesado de los plomos, no es otra que nuestra alma. Desafiando el

estrépito de los mecanismos de producción y propaganda, quienes aún tengan oídos para oír pueden sin embargo escuchar, con la validez y la nitidez íntegra de hace dos milenios, la sentencia quizá más olvidada del Evangelio, que disuelve instantáneamente en la nada, como el despertar de un sueño inconsistente, los esfuerzos titánicos de la humanidad a lo largo de varios siglos: «¿De qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?».



# VI

## **El orden cultural: arte y literatura**

*Nuestro arte abstracto no es  
una iconografía de las  
formas transcendentales, sino  
la representación  
realista de una mentalidad  
desintegrada.*

A. K. COOMARASWAMY

Si el análisis comparado de la historia

de las civilizaciones es suficiente para cuestionar la creencia moderna en el Progreso, en ningún área específica el resultado de ese análisis es quizá tan claro como en la esfera del arte. Sin embargo, ninguna conclusión parece deducirse de ahí.

Como, en todo caso, es difícil negar el legado cultural y artístico de las sociedades tradicionales, se opta por ignorar su significado y sus implicaciones, como si lo hubieran creado por casualidad o les hubiera caído llovido del cielo. Una belleza natural y un sentido intrínseco de la armonía están presentes sin excepción en todos los restos materiales que nos

han legado otras culturas; sólo en el Occidente moderno la aberración estética se convierte en norma cotidiana de vida. Por primera vez en la historia de la humanidad, todo lo que una civilización, como tal, fabrica es feo. Feas son sus ciudades, sus iglesias, sus carreteras, sus máquinas, su forma de vestir, sus obras de ingeniería, sus utensilios... y su arte. La modernidad es, por encima de todo, fea, radicalmente fea, abrumadora mente fea, circunstancia que, lejos de ser trivial o secundaria, es un elemento de juicio tan decisivo o más que todas las anomalías detectables en cualquier otro ámbito; a la hora de juzgar una cultura, la estética tiene, por

lo menos, tanto valor de criterio como la justicia o la moral.

La ruptura renacentista tuvo una influencia decisiva sobre las artes plásticas, primero, y sobre la música y la literatura, después. Con la clausura del espíritu medieval, se pierde en el olvido el mundo de los arquetipos divinos, y la mirada, antes capaz de captar la transparencia metafísica del fenómeno, va a chocar con la opacidad impenetrable de las realidades inmediatas. En arquitectura, especialmente, un gigantismo marmóreo y grandilocuente pasó a ser la expresión plástica del nuevo espíritu prometeico. Es verdad que la belleza de las grandes

obras plásticas del Renacimiento no puede cuestionarse, pero no es menos cierto que algo de excesivo, de mundano y hasta de mórbido y tortuoso se introdujo con ellas frente a la sencilla serenidad y el diáfano silencio que presidían el arte sublime del Medioevo. El artista o el poeta dejaron de ser los intérpretes de signatures eternas, hermeneutas del Silencio sagrado, y reivindicaron la obra de arte como medio de expresión de sí mismos. Retirados los dioses, el artista y el escritor devinieron cronistas de sus propios sentimientos y, en definitiva, cantores de sus propias miserias. Expropiado de toda función noética,

reducido a sus aspectos sensitivos y emocionales, el arte se fue convirtiendo en la actividad frívola y superflua de unos artistas que no tenían más preocupación que el estilo y que no pretendían ya transmitir ningún sentido. La creación artística se asemeja entonces, en el mejor de los casos, a una labor de orfebrería, más o menos minuciosa pero intrascendente y vana.

Son, de todos modos, las vanguardias desarrolladas a lo largo de los últimos cien años las que introducirán al arte en su vertiginosa trayectoria hacia el suicidio. Dando por «superada» cualquier forma artística anterior, las vanguardias presuponen que

superar equivale a destruir y olvidar, algo mucho más sencillo que integrar y trascender. La inversión sistemática de lo dado y la transgresión mecánica de todo principio establecido, con la consiguiente erradicación de toda supervivencia metafísica, es la nueva y única norma universal. A partir de una falaz ecuación entre esencialidad y simplificación, se esquivará de manera tan sistemática como sospechosa cualquier dificultad. Incapaz para afrontar la complejidad, el arte moderno se diluye en un experimentalismo azaroso e insubstancial. Huyendo como de la peste del esfuerzo y la exigencia de rigor, cualquier cosa parece válida

con tal de que presente un leve orden estructural algo parecido a un tenue equilibrio formal.

La compulsiva necesidad neurótica de que todo cambie de forma incesante promueve la originalidad como valor supremo del arte: que una obra pueda ser calificada de «novedosa» es suficiente para justificarla. Se trata de llamar la atención como sea mediante la búsqueda de la perplejidad y la sorpresa. Inopinadamente, el susto pasa a convertirse en categoría estética. En su afán por sorprender a toda costa, el arte se asocia con la publicidad y el cuadro se convierte en cartel sin más objetivo que la sensación impactante del instante.



Hay que fundir el arte con la vida — se nos dice—, pero, en lugar de llenar la vida de belleza y sentido, se optará por trasladar al arte el sinsentido y la mediocridad de la vida moderna. Alguien descubre que basta con descontextualizar un objeto vulgar cualquiera, fabricado en serie, y colocarlo sobre un pedestal para convertirlo en obra artística: se inventan así los readymades, una de las más estimables materializaciones de la imbecilidad contemporánea. En el mismo orden de ideas, se recurre a Adorno y a Lukács para hablar de cómics y se meten los productos de la industria en los museos. Como

culminación de la fusión del arte con la vida, las máquinas se apropian de la música, los escombros se integran en las esculturas, se incluyen cadáveres de animales en los cuadros y, en una carrera por ver quién se apunta la extravagancia más insospechada, se generan todo tipo de «instalaciones», que, justo es reconocerlo, tienen al menos la ventaja de su impermanencia. El arte, nos dicen, rompe por fin las opresoras barreras de absurdos convencionalismos que tuvo que soportar durante siglos; las mismas, se supone, que atenazaron fatídicamente a Fra Angelico o a Giotto.

Criterio formal básico de la

creación artística es ahora la libertad absoluta o, lo que es igual, la legitimación de la más completa incompetencia. Como nada es verdad, todo está permitido. Toda regulación sintáctica o coordinación lógica entre los elementos de la obra artística son sistemáticamente abolidas como condición *sine qua non* de la creatividad. El mero sentido del ritmo y la proporción se entierran como antiguallas bajo el dominio omnímodo de la ocurrencia. En ocasiones, como desiderátum de la originalidad, expresión críptica de elaboradísimos procesos de síntesis, un verso se reduce a unas letras ininteligibles o un cuadro a

una sola línea o a un par de manchas uniformes de color. Otras veces, en el clímax de la originalidad vanguardista, la estructura gráfica del verso se retuerce en palabras verticales, oblicuas o irregularmente desplazadas por la superficie del papel, o el cuadro se prolonga en anómalas excrecencias más allá de sus límites normales. ¡Eureka! Asombrosas innovaciones... que los dadaístas inventaron hace aproximadamente un siglo. Lástima. Nada más desolador que una vanguardia pasada de moda y que no se ha enterado de su caducidad. Y así, gracias a la búsqueda continua de la innovación, asistimos a una tediosa repetición *ad*

*infinitum* de idénticas banalidades alteradas tan sólo en sus detalles más nimios.

El proceso se acompaña de un discurso tanto más fácil cuanto mayor es la simplificación de las formas que, reducidas a su más mínima expresión, alcanzan la sublime potencialidad de sugerirlo todo y acogen, naturalmente sin contradicción, cualquier discurso. Hablar con sentido sobre Uccello o Masaccio tiene su dificultad, pero amontonar vocablos sonoros sobre unas manchas de color o unas líneas insignificantes está al alcance de cualquier pedante con una cierta facilidad de palabra y un diccionario a

mano. Curiosamente, la plástica moderna es, por encima de todo, un producto del discurso.

La inversión definitiva promovida por «artistas» y «conocedores» se impone en el terreno social con el avance de la «cultura de masas» y los vientos igualitarios que se difunden por Occidente. La ausencia de formación intelectual y la carencia de espíritu crítico, unidas a una monstruosa sobrevaloración del yo, hacen artistas o poetas consumados de quienes en épocas aún recientes no habrían superado el ingreso en cualquier escuela elemental de artes o de letras. Si nadie —en contra de lo que sucedía en los

mundos tradicionales— sería hoy capaz de fabricarse por sí mismo los descabellados artilugios de los que hemos llegado a depender fatídicamente para nuestra supervivencia, cualquiera, sin embargo —tal vez a modo de compensación—, puede convertirse en nuestros tiempos en artista sin la menor dificultad. El arte deja de ser la actividad propia de quienes unieron la capacidad y la vocación a un perseverante aprendizaje y un trabajo continuado, y baja al nivel de la calle: siendo todos iguales, cualquier ciudadano tiene derecho a ser considerado poeta, músico, pintor... Da igual que se sea incapaz de dibujar un

cuerpo humano con unos mínimos signos de vitalidad, o de encadenar un par de frases sin atender con contumacia contra las reglas más elementales de la ortografía: academicismos retrógrados, se dice. Lo que importa es la espontaneidad y la sinceridad. El poeta, el artista, sólo tienen que sacar lo que llevan dentro: en otros términos, deben evacuar en su obra los resultados de los procesos de descomposición generados por la asimilación cotidiana de las inmundicias que devoran a través de los medios de comunicación.

Como justificación última de tanta penuria mental se recurre con frecuencia al argumento de la provocación, argucia



que lo justifica todo, con la pretensión de que meterle el dedo en el ojo al vecino puede ser una forma de creación artística. Utilizar un piano para interpretar a Bach se ha hecho ya demasiadas veces; lo realmente interesante —se nos propone— es destrozarlo sobre un escenario a martillazos, lo que tiene la ventaja de exigir un tiempo menor de aprendizaje y, al alcance de cualquiera, es, además, mucho más democrático. Visionarios de psiquiátrico y revolucionarios de opereta pretenden así provocar el espanto aunque, en verdad, sólo consigan despertar el bostezo y su plana mediocridad produzca más tedio que

conmoción. Se olvida que sólo el impacto de lo permanentemente ausente, de lo sistemáticamente negado, puede ser vehículo de una provocación real; es decir, en nuestro mundo, la articulación compleja de una unidad de sentido, la belleza sutil y elaborada del velo prolífico con que el logos se envuelve: éstos, y no otros, son los signos actualmente insólitos, irreductiblemente revolucionarios, capaces de quebrar lo cotidiano y construir el camino al único escándalo posible, el de la belleza y el conocimiento.

Pese a sus ilusiones contestatarias, el arte de las vanguardias, lejos de oponerse al «sistema», es su más nítida

expresión y avanzadilla. Si eventualmente se enfrenta a reticencias es por su voluntad de intensificar su dinámica, no de contradecirla; su conformismo es, pues, además de total, sobreabundante. Como dice Luc-Olivier d'Alange, les guste o no a los vanguardistas, el suyo es el «arte oficial» del siglo XX, tan oficial como lo fue el «arte oficial» del XIX, aunque con una diferencia: la ausencia del oficio y el saber hacer que caracterizaba a sus predecesores.

Individualidades aparte, el camino abierto por las vanguardias ha conducido de la vaciedad más o menos trabajada al culto abierto de la zafiedad,

la patología mental y la estulticia. La historia de la humanidad había conocido múltiples momentos de esplendor y decadencia, pero es atributo y seña de la modernidad haber pretendido elevar el eructo a la categoría de música y el excremento a la condición de escultura. Y como casi nadie se atreve a decir que el rey está desnudo, para no pasar por ignorante —y como además el negocio es rentable—, se construye sobre la nada la más fabulosa ficción que hayan conocido los siglos. Se puede poner de vuelta y media a quien insiste en pintar bodegones, paisajes con ciervos o puestas de sol, pero si al personaje en cuestión se le ocurre pasarse al collage,

el funk-art, el minimalismo o a lo último que en ese momento se lleve, todas las sospechas se trasladarán automáticamente a quien se atreva a criticar su idéntica competencia.

Y como en ciertos círculos el «espíritu» no deja de estar de Moda, entre la perorata teosofista de unos y las veleidades filopanteístas de otros, son no pocos los artistas que se han permitido unir a sus obras discursillos supuestamente sufíes, budistas o lo que se tercié, como si esas tradiciones no tuvieran perfectamente integradas y determinadas sus específicas vías para la creación artística y, desde luego, guardándose escrupulosamente, por si

de recabar la opinión sobre sus obras de los maestros legítimos de las tradiciones en cuestión.

El papel destructor asumido por el arte moderno —sobre todo en artes plásticas y, muy especialmente, por las ingentes consecuencias prácticas que entraña, en arquitectura— se manifestará de forma abierta en el programa terrorista propuesto explícitamente por una de sus figuras más siniestras, Le Corbusier: «El centro de nuestras viejas ciudades, con sus catedrales y templos, debe ser derruido y remplazado por rascacielos». Se lleve o no a cabo su programa y sea cual sea el futuro de la humanidad, millones y millones de

toneladas de materia envilecida quedarán irremisiblemente aquí, durante milenios incontables, como museo cósmico del horror. Tal vez como muestra patente de que, de forma misteriosa —y como ya decía René Guénon—, todo se integra en un orden superior y hasta las posibilidades más inferiores o aberrantes deben tener su sitio en la manifestación universal. Incluso el arte moderno. La misericordia divina no conoce límites.

# VII

## El orden político: la democracia

*Apartemos de nosotros el mal  
gusto de querer coincidir con  
muchos.*

NIETZSCHE

En el ámbito de lo social, considerado por hipótesis el fundamento mismo de la «realidad» —premisa fundacional del pensamiento progresista—, se establece



el valor absoluto de la democracia como sistema político, decretando que la verdad está en función de la cantidad, o, lo que es igual, que una sandez puede ser elevada a la condición de verdad siempre que sea vociferada a coro por una masa de energúmenos suficientemente voluminosa. Tras milenios de esclavitud por fin la humanidad habría conquistado la libertad: el pueblo soberano, en su trono de cartón, ya puede manifestar su opinión, eligiendo entre las opciones que otros han elegido previamente para él, en el imperio de los medios para fabricar opinión.

La uniformización del planeta

avanza de la mano de un integrismo democrático que se legitima a sí mismo y se impone por la fuerza a todos los pueblos. El sistema democrático presume orgullosamente de dar el mismo valor a la opinión de un Platón —si lo hubiera— que a la de un «cabeza rapada». Como culminación de su pensamiento político, tras varios siglos de concienzuda elaboración, ése es el más depurado y sutil sistema social que la mentalidad moderna ha sido capaz de concebir. ¿A qué grado de alucinación colectiva se ha llegado para que tal confesión de ignorancia y de impotencia no haga estremecerse los fundamentos mismos de nuestra civilización?

El progresismo, que, fiel al dualismo cartesiano, parece colocarse al límite de sus posibilidades mentales en cuanto tiene que manejar más de dos opciones en cualquier problema, no ve más alternativa a las dictaduras sanguinarias que la propia dinámica de su sistema genera que la democracia, y así la unidimensionalidad de la visión occidental divide el mundo en demócratas y terroristas, incluyendo entre estos últimos a quienes sencillamente manifiestan su desdén por el sistema que llevó a Hitler al poder o achicharró vivos a varios cientos de miles de japoneses en 1945, por no hablar de sus hazañas en Vietnam,

Afganistán, Irak, etc.

En nombre de un igualitarismo despersonalizante y anónimo, el fundamentalismo del mercado uniformiza a los hombres y las cosas para instaurar el imperio de lo único: el pensamiento único, la cultura única, el hombre único. Unificación substancial del mundo como Culminación de la verdad escondida en el anhelo democrático: todo exactamente igual a todo, como sólo lo absolutamente desprovisto de cualidad puede llegar a serlo. Desde un mundo hasta hace poco rico en su múltiple diversidad de pueblos y culturas, estamos pasando ya a la occidentalización absoluta del

planeta: el sueño de quienes en esta parte del mundo, con la arrogancia que la ignorancia concede, ven en la Civilización (en singular, con mayúscula y sin epíteto) la culminación de sus sueños ilustrados. Y como las gentes se uniformizan al mismo ritmo que su medio, apenas nada permite detectar el avance sigiloso de la tiranía de lo único. Y el mismo proceso que ha borrado del planeta a pueblos y culturas indefensos ante la prepotencia criminal de las armas modernas (¡«inteligentes»!) o ante la fascinación luciferina de la técnica, infiltra gérmenes letales para la destrucción de civilizaciones enteras (el Islam, China, la India...). No hay

realidad cultural que sobreviva a la seducción diabólica de la televisión, la informática y el consumo, y el proceso se repite tanto a microescala regional y comarcal como a nivel individual. Por lo que a Occidente respecta, ahora va somos ciudadanos del mundo, habitantes de una aldea global, es decir, seres desarraigados, autómatas de ninguna parte en la Ciudad única, vagabundos de un espejismo fuera del tiempo y del espacio, bárbaros camuflados en el reino de las necesidades infinitas.

Mientras con hipocresía homicida disimula como «globalización» la imposición a nivel planetario de un sistema socioeconómico que condena a

la miseria y a la muerte a gran parte de la población mundial y que genera guerras por doquier, el llamado «primer mundo» pretende, en un supremo ejercicio de cinismo, erigirse en salvador de la humanidad, exportando caridad a todas partes mediante organizaciones que difunden el modelo de vida y los valores de Occidente y que dicen salvar individuos al mismo tiempo que asesinan culturas. Generosidad equívoca de efectos quizá peores que una agresividad abierta. Paradigma de la soberbia del Occidente autodivinizado, la famosa Declaración de los Derechos Humanos, a la que no se siente rubor en calificar de «universal», no pasa de ser

un subproducto de la mentalidad estrechamente moralista de la burguesía anglosajona del siglo XIX, por completo ininteligible para cualquier pueblo no occidentalizado, que no verá recogidos ahí ni uno sólo de los derechos que para ellos son sagrados. Imbuidos de una conciencia mesiánica, los misioneros occidentales —religiosos antes, laicos y ateos ahora— llevan sus regalos envenenados hasta los lugares más recónditos del globo. Apestado incurable, el occidental moderno, por más caritativo y humanitario que se crea, difunde gérmenes de muerte por donde quiera que va: lo que Occidente no mata con las armas, lo mata por contagio. Su



preocupación por los pueblos «atrasados» tiene la marca del resentimiento contra quienes pretenden mantenerse fuera de su infierno. El occidental «civilizado» no puede tolerar la existencia a su lado de otras culturas tradicionales —todas sin excepción reaccionarias y retrógradas a sus ojos— porque ésa es la constatación viva y nítida de su insensatez, de su fracaso y de su ruina.

Pocos son los occidentales que no creen en la absoluta superioridad de su cultura, por más que sus prejuicios igualitarios les impidan a veces confesarlo. Y no puede ser de otra manera cuando se cree que la ciencia

moderna es la única expresión de la verdad, que la democracia es la única forma legítima de gobierno, que la libertad individual es una premisa innegociable, que la tecnología moderna es un bien imprescindible y que el crecimiento económico indefinido es un objetivo deseable. Quien acepte estos principios —es decir, quien crea que los «mitos» progresistas son la expresión de una Verdad Suprema— y no afirme la superioridad de Occidente, o es un inepto incapaz de encadenar dos pensamientos seguidos, o es un embustero y un hipócrita.

El integrismo democrático predica contra el racismo excluyente, mientras

practica un racismo incluyente de efectos todavía más perversos. Se presume de aceptar a negros, gitanos, orientales o africanos, a condición de que se comporten exactamente como blancos occidentales modernos, es decir, a condición de que dejen de ser negros, gitanos, orientales o africanos; labor civilizadora ambientada con empalagosos cantos folclóricos al mestizaje, antes accidente intrascendente, ahora eficaz método de exterminio de las diferencias y de unificación en la grisalla. Por vía de inversión, entre panegíricos y ditirambos, el ciudadano demócrata revela con su discurso inflado de la

libertad que se encuentra irremisiblemente encadenado y más esclavizado de lo que nunca lo estuvo hombre alguno sobre la tierra. Cada cultura es un entramado de limitaciones aceptadas de modo más o menos consciente, y, en esa medida, neutralizadas, pero el hombre moderno, embriagado por sus sueños olímpicos y universalistas, se empeña en la inconsciencia de sus propios límites. Fascinado por sus falsos mitos, ramplones y mezquinos, vive exultante una parodia de libertad que, siendo como es, cualitativamente irrisoria, quiere ser cuantitativamente absoluta: descompensación característicamente

generadora de monstruos que la propia historia revela tan ilusoria como fatídica.

Quienes supuestamente se oponen a la marcha actual del mundo hablan cada vez más de «la otra globalización»: la «globalización buena» frente a la «globalización mala» es un paralelo exacto de la fraudulenta oposición entre consumismo econaturista y consumismo convencional, entre desarrollismo sostenible y desarrollismo industrialista. Cualquier forma de globalización implica abarcar en una estructura unitaria la totalidad del planeta, y eso supone el despliegue de gigantescas redes de comunicaciones, de la técnica,

la industria, la ciencia, las macroestructuras de todo tipo y en definitiva la voluntad megalomaniaca y la mentalidad descomedida de Occidente. Un mesianismo mundialista teñido de filantropía y espíritu ilustrado parece estarse adueñando progresivamente de una rebelión, en principio, tal vez más bien visceral y espontánea. La voluntad titánica de la modernidad se filtra por todas partes y asoma desde el interior de propuestas que se pretenden de oposición radical. No habría que olvidar el sano principio de E. F. Schumacher: «Lo pequeño es hermoso». No aceptar el carácter providencial de los límites que impone

la materia y pretender trasladar al plano físico la infinitud que corresponde a otro nivel de lo real es, literalmente, un pecado de idolatría; o, dicho de otro modo, pretender convertir el mundo en infierno.

De manera sorprendente, quienes tan prestos están a explicarlo todo por razones sociológicas no parecen encontrar ninguna relación entre los ideales progresistas —en el poder desde hace décadas en todo el mundo occidental, aunque muchos no se quieran enterar independientemente de las irrelevantes diferencias entre los partidos que gobiernan— y la descomposición galopante de la

estructura social. Quieran verlo o no los progresistas de izquierdas —a los que, a diferencia de sus correligionarios, de derechas, les gusta creerse permanentemente en la oposición— la única rebelión posible, la única decisiva en todo caso, ya no se sitúa en el campo de una izquierda sin identidad sino en el de la lucha contra el Progreso, y por tanto tendrá que ir dirigida, no sólo pero también, *precisamente contra ellos*. Revolución, en todo caso, no política sino existencial, como necesario fermento de una metamorfosis colectiva que no tiene más marco que la escatología, única esperanza razonable para la humanidad, pues la ciudad ideal



no puede ser realizada en la historia.

# VIII

## La religión: entre la ética social y el espiritualismo flácido

*Hombre, hazte esencial, pues  
cuando todo se  
acabe, el mundo perecerá y la  
esencia subsistirá.*

ANGELUS SILESIUS

Sean cuales sean los orígenes de la crisis del cristianismo, a mediados del

siglo XX la Iglesia católica era una estructura fosilizada, una gigantesca maquinaria burocrática que, habiendo cedido, siglos ha, a la tentación del poder temporal, se aliaba a los poderosos y carecía de toda autoridad espiritual. Las virtudes y valores profundos del Evangelio se veían desplazados por una moral farisaica sin apenas más horizonte que la observancia temerosa de ciertos preceptos eclesiales. El Antiguo Testamento — providencial herencia del judaísmo— había degenerado en convencional «historia sagrada», conjunto de relatos supuestamente ejemplarizantes para mentes adormecidas. El culto no era va

sino la repetición mecánica de fórmulas y gestos cuyo significado profundo casi todos ignoraban; el ritual, degradado en ceremonia, trataba en vano de compensar con fastos más o menos suntuosos la ausencia de sentido interior. El símbolo, tan opaco a los ojos de los fieles como de los ministros, se había convertido en elemento decorativo o convencional seña de reconocimiento.

Frente a este estado de cosas iba a reaccionar la mentalidad «conciliar» siguiendo un camino insospechado: acabar con la enfermedad rematando al enfermo; poseída por el más estrecho racionalismo, la Iglesia conciliar lleva a cabo la destrucción sistemática de los

soportes tradicionales de la espiritualidad cristiana. Se oculta de forma avergonzada y vergonzante cuanto pueda tener resonancias míticas o cosmológicas, pues, perdida la capacidad para comprender su más hondo sentido, se lo considera conocimiento periclitado ante los supuestos descubrimientos de la ciencia. El rito que antaño polarizaba la liturgia cristiana, re-presentación e integración en el sacrificio del Calvario —que lo era, a su vez, del sacrificio cosmogónico — se convierte en reunión de objetivos difícilmente precisables, como no sea el mantenimiento del espíritu gregario y la satisfacción de una obsesiva manía

conmemorativa —en el sentido más superficial del término— que trasluce una tenaz ofuscación por el hecho histórico. Se arrincona el símbolo y, en la escasa medida en que se recurre a él, es para degradarlo en racional alegoría, añadiendo así la confusión al olvido. El arte sagrado y la liturgia son «actualizados», o, lo que es igual, se desprecia un legado intemporal que representa la culminación de la civilización de Occidente, por una infracultura de desechos plásticos y sonoros que nada oculta porque nada contiene. Así, por ejemplo, unas cancioncillas ñoñas, literariamente banales y musicalmente inconsistentes,

sustituyen a los celestiales acordes polifónicos o a la austera y solemne gravedad del gregoriano, y una arquitectura de hormigón —material innoble, falsificación vil de la piedra— confunde el templo con la cárcel y la fábrica. La mentalidad post-conciliar, con un complejo mal asumido de culpa histórica, se empeña con ahínco en emular por doquier la mediocridad generalizada del mundo contemporáneo.

¿En nombre de qué podrá la vulgaridad o la fealdad servir de instrumento al Espíritu y fomentar la virtud y el amor entre los seres humanos?, ¿Qué acrobacia mental se atreverá a justificar tanta blasfema

trivialidad y tanto convencionalismo contestatario por el anquilosamiento institucional o la bestialidad homicida de la dinámica social?

Fueran cuales fuesen sus hipotéticas intenciones iniciales, el espíritu del Vaticano II ha supuesto, de hecho, la completa socialización de lo divino con la reducción del cristianismo a una ética social vacía de todo contenido espiritual. Resulta patética esa obsesión de los cristianos modernizantes por andar corriendo tras revoluciones que para nada les atañen... con varios lustros de retraso; en el fondo, como casi olvidada reliquia, la imagen de una transcendencia difusa y raquítica, a



punto de morir por inanición y a la que sólo la inercia y la falta de valor y de rigor intelectual mantienen todavía en su arruinado pedestal.

La racionalización y «descosmización» progresiva del cristianismo ha tenido como consecuencia que el cristiano moderno ya no sienta el mundo como obra del Espíritu; la naturaleza misma queda al margen del drama cristológico y cualquier eventual preocupación por un entorno desacralizado se inscribe en el marco de una actividad social ajena por completo a toda consideración espiritual. La retirada de lo religioso al interior de las conciencias hubiera

podido ser, a pesar de todo, la ocasión provisional y providencial de una necesaria regeneración; posibilidad frustrada, en todo caso, pues el repliegue interiorizante no se ha traducido en apertura a la transcendencia sino en sometimiento servil a la historia y a las exigencias de los mecanismos sociales.

El cristiano moderno ya no vive su religión como una respuesta íntegra, unitaria y totalizadora al interrogante de la existencia, sino que más bien parece sentirla como algo acomplexadoramente inútil —si no embarazoso— para moverse en lo que considera «el mundo». Confundiendo el camino del

cielo con la historia, continuamente se siente obligado a recurrir a la sociología o a la psicología, al marxismo, en su momento, al ecologismo después, en suma, a la última moda mental impuesta por el mercado ideológico, para responder a las presiones del medio.

Huyendo del panteísmo que supuestamente le amenazaría desde otros ámbitos religiosos, tan incapaz como el resto de sus contemporáneos de ver en las cosas algo más que las cosas mismas, el cristiano moderno profesa un teísmo materialista: esquizofrenia espiritual que exhibe complacido como supuesta muestra de libertad. Este cristianismo socio-psicológico que,

encerrado en los límites de la historia y el acontecer, encuentra sus fuentes de inspiración más en la estadística y las noticias de prensa que en la Escritura y el Espíritu Santo, agoniza en un mundo en el que resulta innecesario y superfluo.

En el contexto de una existencia desacralizada, las actuales diferencias entre conservadores y progresistas en el seno de la Iglesia constituyen un asunto casi irrelevante. El espíritu de la modernidad, al que todos prestan acatamiento y sumisión, convierte sus desacuerdos en discrepancias tácticas, no mayores que las que diferencian entre sí a unas fuerzas políticas de otras: cuestiones de matiz. El integrismo, por

su parte, tan aferrado como sus oponentes a la historia y cerrilmente incapacitado para toda labor hermenéutica y cualquier atisbo de discernimiento, se limita a repetir de memoria una lección que no comprende.

Si el cristianismo racionalista no se eleva un centímetro por encima del suelo, el neoespiritualismo que actualmente se difunde en Occidente se mueve en un mundo que parece lindar con un cielo de cartón-piedra por arriba y con el infierno puro y simple por abajo. El vacío dejado por el cristianismo se quiere llenar parcialmente con los evanescentes efluvios de un eco-espiritualismo

flácido y simplón, que pretende meternos en la era de Acuario a fuerza de autoestima, galletas integrales y cursillos de fin de semana para sacarle brillo al aura, arreglarle a uno la vida o doctorarse en cualquier cosa. Un pintoresco ejército de magos, videntes, masajistas, naturópatas, espiritistas, ocultistas varios, quiromantes, teosofistas, observadores de platillos volantes, geomantes, astrólogos, gurús depositarios de nuevas revelaciones, diversas variedades de psicólogos, nigromantes, aprendices de hechicero, manipuladores de energías galácticas y expertos en todo tipo de técnicas holísticas, bioenergéticas, paracinéticas

y metacósmicas colaboran ahora (al margen de la legitimidad de alguna de tales ocupaciones en su realidad genuina) en la fabricación de una caricatura de espiritualidad en tonos pastel, materialista y hedonista, que ignora los más elementales fundamentos de cualquier realidad espiritual.

Así, con la pretensión de recuperar una espiritualidad cósmica y sintonizando estrechamente con la moda ecologista, se resucita un cierto paganismo decadente que convierte a la naturaleza en el decorado para todo tipo de delirios psíquicos y arrebatos sentimentales, asignándole el papel de bucólico fondo para trances inciertos o

de teatro de operaciones para aficionados a la alquimia recreativa.

Cualquiera de las grandes tradiciones espirituales de Oriente es un hecho integral, unitario, del que no es posible la separación de un elemento parcial sin la pérdida fatal de su sentido. Pero la fragmentada y fragmentadora mente del racionalista occidental no es capaz de concebir una realidad que no sea susceptible de ser desmontada en Piezas, como si de un mecanismo se tratase. Así, tomando elementos dispersos de aquí y de allá, se fabrica un yoga que ignora el hinduismo, un zen que no tiene nada que ver con el budismo o un sufismo escindido radicalmente del



islam. En suma, unas doctrinas empobrecidas y tergiversadas, privadas de raíces y de savia cuya anemia crónica no es disimulada, sino subrayada, por un amasijo metodológico donde se confunde el yoga con la gimnasia, el sufismo con la danza, el taoísmo con las artes marciales, el tantra con el incremento del placer sexual, y se mide el karma en términos de contabilidad bancaria y rentabilidad económica. Cualquier asomo de pretensión noética es asfixiado por una inacabable profusión de técnicas que, previo pago de los correspondientes honorarios, nos permitirán conocer nuestras existencias pasadas, contactar con los ángeles,

realizar milagros o tocarle las plumas al Espíritu Santo; así se va construyendo una Babel confortable y profiláctica que rehúye de antemano elevarse demasiado para evitar cualquier vértigo.

En definitiva, estamos ahí ante un experiencialismo primario e infantil, cuyos adeptos, orgullosos, al parecer, de su indigencia intelectual, huyen, como si del demonio en persona se tratase, de cualquier esfuerzo serio de reflexión. Como la más definitiva de las descalificaciones, se tilda despectivamente de «mental» todo recurso al pensamiento que vaya un centímetro más allá de lo inmediato, como si la mente no formara parte de la

vida y la inteligencia no tuviese relación con el Espíritu. En la Babel generada por ese batiburrillo de buenas intenciones, confesados intereses económicos, caos mental y fuerzas psico-físicas de procedencias variadas y dudosas, los adeptos New Age, con dificultades para entender que una cosa es trascender la mente y otra permanecer por debajo de sus posibilidades más elementales, imaginan haber superado cosas de las que en realidad no han entendido una sola palabra. Pero qué más da... Lo que importa es fluir.

Desgajado de toda raíz tradicional, manipulando el éxtasis para ocultar la

necesidad imperiosa del compromiso personal y la exigencia ineludible de la propia transformación, este espiritualismo de laboratorio reproduce a su manera el abrazo mortífero de Maya. Abrazo flácido, se diría, pues todo tiene, en el mejor de los casos, un aire melifluo e insubstancial; es como una mezcla de angelismo insulso y hedonismo gelatinoso que huye horrorizado de todo esfuerzo sostenido, de cualquier renuncia ascética, de toda actitud de firmeza frente a la corriente de los tiempos.

Si el cristianismo ha sido sacrificado en el altar del racionalismo socio-psicológico, y las religiones de

Oriente nos llegan pasadas por el acaramelado tamiz de la New Age, el Islam, por su parte, creciendo, como los otros dos monoteísmos, en un terreno al parecer propenso al fanatismo y el sectarismo, se suma al baile de máscaras con el disfraz que le impone el integrismo. La tradición de Ibn Arabi y al-Hallaj, de Rúmi y Sohrawardi, como invertida en un espejo diabólico, aparece metamorfoseada en las creencias de unas bandas de dementes iluminados, dispuestos a hacer saltar el mundo por los aires para evitar que lo hagan saltar sus enemigos. Si la corrupción de lo óptimo genera lo pésimo —como bien decía San Ireneo

—, la suma de los dos procesos de corrupción que la occidentalización del mundo ha generado en las sociedades tradicionales, integrista y modernismo, da lugar a espeluznantes espectáculos de sangre y crueldad que albergan las barbaridades más grotescas, de tal modo que la posibilidad de que los miembros de quienes atentan contra la ley sean ahora higiénicamente amputados por la seguridad social se armoniza bien con el sistema democrático, que monta organizaciones humanitarias para atender caritativamente las mutilaciones que dejan sus bombardeos.

# IX

## Naturaleza y Progreso: ecologismo y crisis ecológica

*Allí estaba yo, de pie,  
en la cumbre de la más alta de  
las montañas,  
y abajo, a mí alrededor, se  
encontraba el círculo del  
mundo.  
[...] Y vi que todo aquello era  
sagrado.*

ALCE NEGRO

La conquista de cotas siempre superiores de lo que el hombre moderno entiende por «riqueza material» no es posible sino mediante el expolio de la naturaleza, fuente última de toda riqueza en el orden físico. Pretender que se puede aumentar el nivel de consumo de una población continuamente creciente sin que esa fuente única se vea por ello alterada y amenazada en su propia existencia es, como mínimo, de una inconsciencia suicida. Todos los pueblos tradicionales han sido conocedores de su dependencia física del medio y han sabido mantener un justo equilibrio con su entorno. Sólo el Occidente moderno —esa cultura



convencida de superar en inteligencia a las demás— ha sido capaz de minar el suelo mismo en que se asienta, envenenar el agua que bebe y ensuciar el aire que respira.

La fase de aceleración progresiva en que ha entrado la destrucción del mundo natural a partir de la revolución industrial no es el resultado potencialmente evitable de una metodología parcialmente inconveniente, de una defectuosa aplicación o una insuficiente previsión, sino el precio fatal e ineluctable de las metas mismas que se ha fijado nuestra civilización, la consecuencia ineludible de la posición que el hombre occidental

ha decidido adoptar ante el cosmos. Intuyendo vagamente el peligro inminente que puede cernirse sobre sus cabezas, algunos gobiernos pretenden ahora, con más o menos rigor, poner unos tímidos límites con la intención de retrasar la hecatombe. Demasiado tarde, parece. Los derrumbes se encadenan por sí solos y nos instalamos ya en la monotonía de la catástrofe: cada desastre hace olvidar al anterior al superarlo en dimensiones. Incluso si se llegara a renunciar a las destrucciones conscientemente programadas, no se esquivarían las consecuencias de los actos pasados. En todo caso, tan irrenunciables son las exigencias de la

industria como infinita la capacidad humana de autoengaño, de modo que todo se resuelve en una voluntad de prevención —que se difunde de manera reveladoramente obsesiva—, ante posibles «imprevistos», pretendiendo circunscribir el problema a los supuestos «accidentes», lo que liberaría al sistema de culpa, aislando el mal en anómalos comportamientos particulares, siempre corregibles, o en acontecimientos azarosos. En suma, se prefiere ignorar que nada es menos accidental que los llamados «accidentes», que sólo son tales en cuanto a que desconocemos cuándo y dónde surgirán, pero que constituyen la

consecuencia rigurosamente necesaria de unas premisas que hundan sus raíces en los fundamentos mismos de nuestro sistema de vida. La prevención, por lo demás, es sólo la ocasión para asumir nuevos riesgos, y a mayores precauciones, mayores son las pretensiones y exigencias que las fuerzan, haciéndolas perpetuamente insuficientes.

Entre la destrucción programada y el «accidente» inesperado, la llamada crisis ecológica no es, en todo caso, sino una manifestación exterior de la crisis espiritual —y por tanto integral— que viven el hombre y la sociedad occidental. Situar sus causas en el

campo de la economía o de cualquier otro dominio del plano físico es interrumpir la escala causal dejándola apoyada por su extremo superior en el vacío; tales causas demandan también una explicación y exigen, a su vez, otras nuevas. Todo lo que podría encontrarse ahí serían las causas intermedias, las más superficiales e inmediatas. El mundo está regido por unas leyes cósmicas que el hombre moderno desconoce, pues trascienden el ámbito físico, el único al que él dirige sus preocupaciones. Las causas finales, sin embargo, son de orden estrictamente metafísico.

Si quiere comprender lo que sucede

en la Tierra —dice Hossein Nasr— el ser humano deberá volver su mirada hacia el Cielo. Mientras el hombre no comprenda la Naturaleza, es decir, no perciba su dimensión teofánica, seguirá ignorando su realidad esencial y, por más datos que sobre ella pueda acumular, proseguirá su acción devastadora, pues la destrucción acompaña fatalmente a la ignorancia. No tiene ningún sentido pretender vivir en armonía con la Gran Teofanía que es la Naturaleza —dice también Nasr—, mientras se mantiene una actitud de hostilidad o indiferencia respecto a la fuente de dicha teofanía. En otras palabras, la crisis ecológica es

inevitable en un mundo en el que la transcendencia ha sido rechazada u olvidada. Si la contaminación, generalizada de la tierra, la destrucción masiva de los bosques, la aniquilación irreparable de especies animales y todas las formas semejantes de barbarie con que se asola el planeta son fenómenos de una extremada gravedad, lo son, antes de nada, por constituir una salvaje violación del Templo de Dios. Su más verdadera y radical importancia estriba en la profanación del Misterio teofánico; todo lo demás no son sino sus inevitables consecuencias. Por eso, mientras el hombre no vea la necesidad de restablecer la paz con el Cielo,

tampoco podrá restablecerla con la Tierra. Para poner la paz en el mundo, los hombres deberán poner primero la paz en su corazón.

En este contexto, el ecologismo nace viciado desde su nacimiento. Aunque una cierta «inocencia», propia de los orígenes, pudo transmitirle un impulso inicial de miras más o menos elevadas, desde el comienzo estuvo marcado por la impronta de la visión seductoramente «naturalista» de la naturaleza y con las supersticiones, del pensamiento científico. La ley de la gravedad se encargó del resto y el movimiento ecologista ha sido engullido en poco tiempo por la capacidad asimiladora del



sistema social. Gustosamente enredado en la trampa burocrática de las estructuras administrativas, con un discurso acomodaticio y claudicante, carente de todo planteamiento global, vendido por necesidades de imagen al pragmatismo de lo inmediato y, respetuoso siempre con los fundamentos intocables del sistema, el ecologismo se encierra en los límites de un reformismo intrascendente. Incapaz de superar las coordenadas científicas, reduce la Naturaleza al hábitat biológico en el que el hombre desarrolla sus procesos vitales. Pero aspirar a la mera integración funcional en un orden estrictamente natural es tanto como

ignorar lo que diferencia al ser humano y animal en cuanto a origen, vocación y destino, actitud avalada por la visión cientifista de la conciencia, convertida en epifenómeno supuestamente derivado de un conjunto de reacciones químicas: algo así como pretender reducir una catedral gótica a un problema de mineralogía.

La impugnación radical del sistema, la demanda de nuevos valores, la vuelta a la tierra, la búsqueda de la liberación total del individuo, la proyección hacia nuevos modos de vida, aspiraciones en las que, con toda su ambigüedad, no dejaba de latir un cierto impulso ascendente, han desembocado finalmente

en un cívico reformismo higiénico-sanitario, cuando no en fructífera comercialización del naturismo y la salud. El «hombre nuevo» de hace unas décadas parece haberse extinguido, ahogado quizá en los botes de pintura con que los ecologistas pretenden teñir de verde el turismo, la moda, el desarrollo, la empresa, el progreso y, en suma, la modernidad y sus formas de vida. Triste destino el de un movimiento que nació pregonando su voluntad de construir un mundo nuevo y acaba reparando a toda prisa las grietas para tratar de impedir que se hunda el viejo.

Lo peor, con todo, parece todavía por llegar. La fusión de la moda

ecologista con la mentalidad cientifista y las exigencias de la mercadotecnia genera la expansión de una «conciencia verde», imprescindible ya para vender cualquier cosa, que amenaza con acabar de rematar lo que, se supone, había venido a salvar. «Gestión eficaz de los recursos naturales para un desarrollo sostenible»: éste es el lema mayoritariamente aceptado ahora por las multinacionales del ecologismo, fórmula perversa que concentra y sintetiza a la perfección en sus cuatro conceptos básicos —gestión, eficacia, recursos y desarrollo— una visión rigurosamente económica y burocrática de la naturaleza, como base para su programa

de socialización, es decir, de destrucción. La naturaleza como conjunto de recursos, o lo que es igual, como depósito de materias primas destinadas a ser transformadas por la industria, es la visión propia de quien sólo puede ver madera en el árbol o mineral en las rocas, la única de que es capaz el *homo economicus* que nada sabe de amor y comunión con la Madre Tierra y para el que Belleza y Transcendencia son términos que no tienen ya ningún sentido. Si actualmente se piensa que la naturaleza debe ser conservada, lo es sólo como parte indispensable del proceso productivo. Lo que para todas las culturas

tradicionales fue templo, la mentalidad moderna lo convierte en almacén: sacrílega metamorfosis que sintetiza con precisión el significado de la modernidad respecto al mundo de la Tradición.

Alcanzando en su decadencia extremos de esperpento, algunos ecologistas —probablemente los mismos que inventaron el azote del «turismo verde», a los que Dios confunda— han certificado que todo puede ser tasado en el imperio de la cantidad, asignando precios «ecológicos» a parajes o comarcas. Claudicación definitiva ante el altar de la diosa Productividad, el llamado

«desarrollo sostenible» es la rendición incondicional de quienes iban para revolucionarios y han terminado plantando flores en los jardines del Nuevo Orden Mundial. El reciclado y las fuentes alternativas de energía, emblemas de la mentalidad ecologista, son un fiel reflejo de su verdadera dimensión: se alteran los procedimientos para dejar intactos los resultados, que quedan de este modo reforzados y justificados; así, se modifica la procedencia del papel de la prensa y se deja inalterada la superstición de la información y la obligación de tener que estar escrupulosamente al tanto de lo que

sucede a cada momento en el extremo opuesto del planeta, como si eso fuera algo normal; se promueve el origen «natural» del tejido para mantener la práctica idiotizante de la moda; los parques eólicos destrozan ecológicamente el paisaje para que las televisiones puedan seguir devastando limpiamente las conciencias; supermercados y grandes almacenes llenan sus estanterías con productos biológicos al servicio del consumismo econaturista. Algo esencial se está olvidando: el reciclado y las fuentes alternativas de energía pueden resultar saludables siempre que, con una tecnología elemental, se apliquen de



forma estricta a necesidades reales, pero se convierten en artimaña solapada cuando, mediatizados por la industria, sirven a necesidades ficticias. A la mezquindad del fin se añade entonces la disimulada felonía de los medios. Lejos de facilitar la integración del ser humano en un orden superior, el ecologismo se coloca entonces al servicio de la mayor gloria del sistema. Un generador eólico gigante o una central de paneles solares son monstruos no mucho menos aborrecibles que los ingenios a los que pretenden reemplazar.

Por doquier, el consumismo verde reemplaza al consumismo policromo del capitalismo convencional. De visión del

mundo a metodología de la producción industrial: ése ha sido el camino recorrido por el ecologismo en las últimas décadas. La tecnología del hidrógeno, que aspira a emular a la convencional anulando la contaminación, lleva hasta lo grotesco la propuesta ecologista: al infierno, sí, pero con los pulmones como Dios manda. Los hay que parecen incapaces de entender que los métodos acordes con una forma de vida realmente humana serán por necesidad menos eficaces y menos productivos que los promovidos por la barbarie industrialista, lo que, lejos de ser un inconveniente, es una providencial limitación y una defensa

contra el demonio de la desmesura.

Nada más irritante que esos cánticos a la eficacia «alternativa» con que algunos ecologistas tratan de competir en productividad, es decir, en majadería y desatino, con los defensores del sistema.

Que amor y sensibilidad hacia la naturaleza equivale a ecologismo es uno de los últimos mensajes subliminales que el totalitarismo blando ha logrado imprimir en el subconsciente de los ciudadanos, que lo dan ya tan por supuesto como que verdadero equivale a científico o que libertad es igual a democracia. Independientemente de que ciertos sectores minoritarios entre los ecologistas hayan podido ahondar sus

planteamientos y reorientar de manera más radical y decisiva su actitud, liberar a la naturaleza no sólo del sistema político-económico imperante sino también de la mentalidad ecologista parece, en este momento, la tarea urgente y necesaria de quienes ven en ella algo distinto a un «medio ambiente» y la perciben como algo más que como el hábitat o la despensa de unos primates evolucionados. Sea cual sea la apariencia con que se revista, toda pretensión de defender la naturaleza que no cuestione, con rigor incendiario si es preciso, el progreso, la industrialización, el desarrollo, la tecnología —en suma, las bases mismas

sobre las que se asienta la sociedad occidental contemporánea y que ninguna fuerza política se atreve a cuestionar—, no puede ser ya más que fariseísmo o banalidad.

En definitiva, la crisis ecológica sólo se irá resolviendo en la medida en que los seres humanos se hagan capaces de contemplar la unidad de todas las cosas en el Espíritu y el reflejo de éste en cada una de ellas, en la medida en que se hagan capaces de percibir — según la ajustada fórmula de Frithjof Schuon— la «transparencia metafísica de los fenómenos», captando la causalidad vertical que asocia cada fenómeno con su esencia y origen al

tiempo que la causalidad horizontal que vincula a aquellos entre sí, trama y urdimbre del tejido cósmico.

Una relación armónica con la naturaleza sólo puede basarse en la recuperación de la dimensión cósmica y espiritual en que el hombre y la naturaleza comulgan. Desligar a la naturaleza del proceso productivo y liberarla de la siniestra socialización propugnada por los ideólogos del sistema —de derechas y de izquierdas, creyentes y ateos— es el punto de partida imprescindible para recuperar su plena dimensión de Misterio, para redescubrirla en tanto que portadora de un mensaje eterno de Verdad y de

Belleza que, más allá de todo utilitarismo mezquino y de toda planificación biologista, abra el camino a un posible reencantamiento del mundo. Hace falta, ante todo, aprender de nuevo a ver, ver por encima y más allá de lo aparente, «ver hasta en sus más recónditas profundidades —decía Novalis— el Alma del vasto mundo»; reemplazar, en definitiva, la mirada del economista y el biólogo para adoptar la del visionario y el poeta.

Consecuentemente, hace falta un nuevo discurso sobre la naturaleza que renuncie a la retórica gris del ecologismo, impregnada de sociologismo y cientifismo, incapaz de

elevarse un centímetro por encima del lenguaje rastrero y lúgubre de los políticos. Un discurso capaz de nombrar las armonías ocultas que se insinúan en cada rincón de la naturaleza como presentimientos luminosos de lo sobrenatural, que señale el camino al descubrimiento de las secretas concordancias entre el alma del hombre y el espíritu del cosmos. La naturaleza, lenguaje divino para quienes saben comprenderla, posee quizá la clave del misterio universal, pero para descubrirlo hace falta eso que Jünger llamaba una «razón panorámica», que deje acceder al detalle sin renunciar jamás al todo, que permita ver que la



aparición es sólo una de las innumerables secciones posibles de lo real, y que abra los ojos a inteligibilidades siempre nuevas para vislumbrar los resplandores —como dice una Upanishad— de la llama secreta que custodian los dioses; que permita, en suma, percibir lo cotidianamente invisible y redescubrir lo que los antiguos llamaron el Alma del Mundo, ahogada ahora por el tedio sombrío de informes y de análisis, de estadísticas y censos, acumulados a lo largo de varios siglos de saber ilustrado, que prolongan, afanosamente, funcionarios, burócratas y militantes de la ecología.

Por mucho que preocupe y absorba la atención general, lo más grave no es, en última instancia, la destrucción de la naturaleza física perse, lo que, en definitiva, no tendría más importancia que la momentánea agitación de una mota de polvo en el océano cósmico. Lo importante es que esa destrucción es causa y consecuencia de la aniquilación del Alma del Mundo y, con ella, del mundo del alma, de ese «mundo imaginal» —como lo llamaba Henry Corbin—, que, aun no teniendo la solidez de lo físico o, más bien, precisamente por no tenerla es infinitamente más real que la cotidiana realidad del mundo material, y cuyo

misterio intangible evoca, por antonomasia, la naturaleza virgen; en el misterio numinoso de sus bosques, en el silencio majestuoso de sus cumbres, en la vastedad de sus desiertos, la naturaleza abre el acceso a esa realidad situada entre lo inteligible y lo sensible, a la vez dentro y fuera del ser humano, como comunión de claridades en la que lo interior se funde con lo exterior. La recuperación del mundo del alma, de la dimensión imaginaria del mundo, es el único marco en el que las preocupaciones por la naturaleza física pueden adquirir una dimensión profunda.

Más allá del culto profano a la eficacia aritmética, más allá de la

minuciosa contabilidad de los recursos y de la planificación racional de los espacios, actitudes con las que no se hace en ultima instancia sino reforzar aquello que se dice combatir, se impone la tarea de mostrar la naturaleza como realidad sobrenaturalmente natural, intermedia entre el hombre físico y la Trascendencia, pues sólo ahí, en el marco de una naturaleza transfigurada por el fuego auroral de la Presencia, se consume por sí solo el reino de la cantidad, el reino sombrío de los titanes y de la técnica, de otro modo indestructible.

# X

## La revolución sexual: el feminismo

*Entre la mujer y el hombre  
existe, en el aspecto  
espiritual, superioridad  
recíproca. En el amor  
cada uno asume respecto del  
otro una función divina.*

FRITHJOF SCHUON

Dentro del cuadro de dogmas y

creencias que configuran la mentalidad moderna, ninguno tan ideológicamente respetado en este momento como el feminismo. Rodeado con el aura de un prestigio imponente y sacral, nadie se atreve a cuestionar o matizar cualquier propuesta formulada en su nombre y su sola presencia en el plano del discurso impone la adhesión incondicional o el silencio amedrentado; no es en vano: cualquier reticencia implica, por encima de toda razón, el estigma de «machista» o «fascista», si no la acusación de alentar el «sexismo» y la «violencia de género». Progresistas de derechas y de izquierdas se reclaman feministas por igual, y hasta radicalismos políticos que

difícilmente podrían concordar con sus principios evitan con prudencia la manifestación de cualquier discrepancia.

Ofuscada por el afán de imponer un uniformismo igualitario, impotente ante cualquier panorama complejo que escape a la cuadrícula o al juego elemental de simetrías primarias, la ideología progresista pretende establecer la nivelación o incluso la abolición de los sexos por decreto, despreciando la manifiesta desigualdad funcional que la naturaleza atribuye a los cuerpos. En una sociedad normal, la natural e incuestionable situación de superioridad de unos seres humanos sobre otros —sean hombres o mujeres—

por razón de sabiduría, nobleza de alma, fortaleza, capacidad de entrega o cualquier otra virtud o circunstancia, sería reconocida y valorada como fuente de deberes más que de derechos, a la vez que como estimable posibilidad de enriquecimiento espiritual e intelectual para toda la colectividad. Invirtiendo escrupulosamente la perspectiva, es decir, viendo exclusivamente toda desigualdad como una oportunidad de explotación y humillación, una consecuencia de la búsqueda sibilina o abierta de derechos abusivos y arbitrarios, el progresista moderno pone de manifiesto su propio encanallamiento congénito, las tendencias irrefrenables



de su alma y su deseo consciente o subconsciente de poder y de dominio. Y si se concluye que ésa es la realidad y que sólo somos capaces de vivir la desigualdad como ocasión para la violencia y la opresión y no como fuente de una dinámica perpetuamente creativa y recíprocamente reparadora, habría que dejarse de panegíricos y auto alabanzas y aceptar entonces que el hombre moderno es un monstruo, y la uniformizada democracia, la cadena y la condena que precisa.

Sin negar la idéntica dignidad esencial de los seres humanos ante el espíritu, todas las culturas han sabido que las diferencias biológicas entre

hombre y mujer se corresponden con diferencias psicológicas y anímicas que les predisponen consecuentemente —al margen de anomalías o excepciones siempre legítimas— a vocaciones distintas y, por tanto, a funciones diferentes, tanto en el nivel existencial como, más concretamente, en el social. Curiosa contradicción que la modernidad, que todo quiere basarlo en fundamentos materiales, se empecine, en este caso, en que la biología no tiene, misteriosamente, relación ninguna con otros planos no físicos de la personalidad.

Como las diferencias biológicas no podrían ser expresiones de un alma

inexistente, sino mero producto de un azar irrelevante, hombres y mujeres serán perfectamente intercambiables en su papel social. Y en efecto, reducidos a meras unidades anónimas en el proceso de producción y consumo, eliminado cualquier rasgo de cualidad en los sexos y en los individuos, en su naturaleza y en sus funciones, la «realidad» confirma que en la sociedad democrática todos servimos indistintamente para todo, es decir, para nada. Hombres y mujeres, en verdad, parecen capacitados por igual para habitar con desenvoltura en las más altas cotas del sinsentido que la sociedad del progreso requiere, para ejercer con eficacia y comodidad sus

papeles de autómatas programados.

Hombre y mujer son la manifestación a nivel humano de la polaridad cósmica entre lo masculino y lo femenino, el providencial desequilibrio ontológico que rompe la unidad indiferenciada del ser y genera la riqueza ilimitada y perpetuamente diferenciada del juego cósmico. Estamos ante categorías que trascienden con mucho el campo de la biología o la sociología. Se olvida casi siempre que si lo femenino ha sido sojuzgado en la historia de la humanidad —una historia de caída y decadencia— no menos lo ha sido lo masculino, y que si el varón se ha impuesto socialmente

sobre la mujer, lo ha hecho precisamente, no en virtud de su naturaleza prístina, sino como resultado de su propia degradación en voluntad de dominio y fuerza bruta, en un mórbido juego de fatídica interrelación con lo femenino, degradado por su parte según sus vías específicas. La imposición de los hombres sobre las mujeres, allí donde se ha dado, lejos de significar el sojuzgamiento de los valores femeninos por los masculinos, como tan irreflexivamente se afirma, ha sido la forma en que se ha manifestado la corrupción de ambos principios, el parejo sometimiento de uno y otro, según sus particulares modos de

decadencia, a la oscura y ciega fuerza de las tinieblas, y ambos precisarían de un igual esfuerzo de restauración para la recuperación de sus respectivas y genuinas dimensiones de luz, tan deterioradas y corruptas en un sexo como en otro.

Precisamente por ignorar este hecho decisivo, el feminismo ha asumido sin dificultad todos los valores del machismo, al que dice combatir, adoptando sus mismos esquemas, a los que, simplemente, trata de cambiar de signo. Aceptando su misma valoración de las funciones sociales, admite por ejemplo que toda tarea «improductiva» es, de acuerdo con los criterios del

*homo economicus*, ocupación inferior y secundaria respecto al trabajo «productivo», y propone como deseables unos objetivos sociales tan halagadores para el ego como empobrecedores para el intelecto; reivindicar cargos relevantes o puestos de dirección en las estructuras económicas, políticas o administrativas es reivindicar el derecho universal al entontecimiento indiscriminado sin distinción de sexos. Acomodándose bien a las chirriantes disfuncionalidades de un sistema basado en la precaria búsqueda de compensaciones entre irracionalidades de distinto signo, la lucha del feminismo por participar de

los supuestos «derechos» masculinos no es sino la egoica reivindicación colectiva del derecho a participar en una misma insensatez: no carece de significado, por ejemplo, que uno de sus logros principales consista en que la mujer haya igualado y aventajado ya al hombre en la adicción a ciertas drogas. En esta carrera por ver quien alcanza primero los límites del arruinamiento definitivo, el feminismo —salvo excepciones no significativas en un análisis global— no ha combatido por los derechos de la mujer sino por la igualdad con el hombre o, más exactamente, con la lamentable caricatura de hombre actualmente en



vigencia; en otras palabras, la curiosa liberación a que aspira el feminismo pretende hacer de la mujer una variante de un hombre degenerado.

El criminal y espectacular incremento de la violencia en el marco doméstico —inadecuadamente llamada «de género»— en las sociedades democráticas, ejercida por quienes disponen de superioridad en fuerza —habitualmente los hombres sobre las mujeres en el plano físico—, no puede utilizarse para disimular las arbitrariedades más profundas del feminismo. No se trata ya de las tropelías perpetradas en su nombre en el ámbito social —que se pueden intentar

justificar como mecanismo reactivo o defensivo— y que se despliegan en una amplia gama de actitudes que serían consideradas intolerables y tildadas de «fascistas» en agentes masculinos pero que son «discriminación positiva» cuando son asumidas por mujeres; más allá de tales desmanes, e incluso de la violencia psíquica ejercida con más o menos frecuencia en dirección contraria —ignorada porque no deja sangre—, lo realmente significativo es la progresiva implantación en el mundo desarrollado de un fundamentalismo feminista, como aspecto del fundamentalismo democrático imperante, que pone de manifiesto la incapacidad del Occidente

moderno para encontrar un equilibrio dinámico ascendente entre los contrarios, en esta área como en cualquier otra.

El feminismo, con idéntica miopía y suficiencia que la ideología global que lo genera, se arroga el derecho a juzgar culturas de cuya naturaleza ignora absolutamente todo, de las que no conoce —y mucho menos comprende— ni sus fundamentos, ni sus objetivos, ni su historia; y, sin que nadie se lo pida y sin tomarse siquiera la molestia de pedir su opinión a las interesadas, asume la defensa universal de las mujeres, imponiendo su moderna idea de libertad como punta de lanza en la

occidentalización imperialista del planeta. La mentalidad feminista, convencida, como la cultura progresista en su conjunto, de que todas las ideas son deudoras de oscuros condicionamientos culturales o temporales salvo las suyas —que serían, por supuesto, químicamente puras y libres de toda contaminación—, se cree con derecho a imponerlas por doquier, incapaz de comprender algo tan elemental como que si ciertas costumbres ajenas se le antojan aberrantes o absurdas, no menos perversas y esclavizantes pueden parecer a otros pueblos las «liberadoras» actitudes occidentales;

por ejemplo, el sometimiento de la mujer moderna —sometimiento, por lo demás, aceptado con más o menos complacencia en tanto que fuente de poder a los esquemas de una sociedad que hace de ella un objeto sexual, obligándola a adoptar unos humillantes criterios de belleza corporal —que por interiorizados cree libremente asumidos—, el sometimiento degradante —extendido ahora a los hombres— a todo tipo de ridículas modas, o la obligación de desempeñar unas funciones sociales intrínsecamente alienantes o simplemente incompatibles con otra visión del mundo.

Por más que la idea escandalice a

los demócratas, una sociedad que no sólo libera de cualquier control las poderosas energías telúricas del sexo, sino que conscientemente las estimula y las provoca en un medio de confusión y perturbación mental generalizada, no puede no esperar su desencadenamiento como violencia destructora. Empeñarse en ignorar la doble capacidad de creación y destrucción, de vida y muerte, de la energía erótica, como si fuera un puritano prejuicio decimonónico, es ignorar el *mysterium coniunctionis* que subyace en todo lo real y seguir dando crédito al mito anarco-rousseauiano de la bondad y la simplicidad natural, que —como dice

Elémire Zolla— quisiera hacer de una sociedad sin leyes algo parecido a una merienda campestre organizada por los miembros de una asociación vegetariana.

La mentalidad moderna pretende mantener la diferenciación en los cuerpos, en tanto que fuente de satisfacción sexual, imponiendo a niveles superiores una unisexualidad amorfa, abolición práctica de toda dimensión superior de la sexualidad. Un alma única para dos cuerpos distintos: llegamos así, de forma que no tiene nada de casual, a la exacta imagen invertida, es decir, satánica, del andrógino primordial, que reunía dos almas

sexualmente diferenciadas en la biunidad irreductible de un único cuerpo.

La homosexualidad que actualmente se difunde por Occidente no pasa de ser otro síntoma más de que en el mundo moderno nada está en su sitio. Al margen del necesario respeto a opciones individuales que incumben a la vida de cada cual, no deja de ser chocante que entre tanto cántico a «lo natural», se pretenda hacer pasar por «normal» lo que constituye la más obvia vulneración de las leyes que rigen el funcionamiento mismo de la naturaleza.

Si hombre y mujer aspiran a algo más que a su descomposición en un ente



híbrido, amorfo y confuso, deberían reencontrarse, más allá de las volubilidades de la historia, con su verdadera condición, ahora olvidada, de seres íntegramente —y no sólo físicamente— sexuados, y, a partir de ahí, teniendo en cuenta la evolución metasocial de la conciencia humana y las circunstancias del momento, redefinir las funciones sociales e individuales, no para adaptarse mejor a una dinámica histórica distorsionada, sino precisamente para reorientarla de forma acorde con sus naturalezas específicas: el resultado no puede ser otro que el reconocimiento de una generosa superioridad recíproca en la

que lo masculino y lo femenino, asumiendo sus diferencias y aceptando sus límites respectivos, sean polos que se ofrecen mutuamente aquello de lo que el otro carece en un diálogo recurrente de superaciones sucesivas que se eleve y los eleve hacia las alturas del espíritu.

# XI

## Las formas de vida

*En la grosería de estos tiempos  
mezquinos hasta la virtud debe  
solicitar el perdón del vicio.*

SHAKESPEARE

La creencia del hombre moderno de haber llegado a un sistema social más justo y a un orden cultural más elevado que cualquiera que existiera con anterioridad sobre la tierra no tiene más fundamento que sus prejuicios

etnocéntricos y su manipulación arbitraria de la historia. Lo único que demuestra el esquema salvajismo-barbarie civilización, inventado sobre el rebuznante criterio del desarrollo técnico como medida de la inteligencia, es que nuestra cultura concede más importancia al abrelatas eléctrico que a la *Iliada*, actitud que hace superfluo cualquier comentario. Por primera vez en la historia de la humanidad, hay una civilización lo suficientemente zafia y soez como para reducir la inteligencia a la capacidad de solventar unos problemas que los animales resuelven por instinto.

Se juzga a todas las culturas según

los criterios de la propia, como si todos los hombres hubieran tenido siempre la misma percepción del mundo, como si todas las civilizaciones tuvieran la obligación de plantearse nuestras metas espurias y utilizar nuestros métodos megalomaniacos, y la insensatez propia debiera ser la norma universal. Se identifica a cualquier cultura con detalles incomprensidos de su legislación, sin entender que una civilización es una red dinámica de compensaciones y que las pautas culturales no pueden examinarse aisladamente, sacándolas de su entorno y valorándolas como si de súbito hubieran cobrado existencia en el medio

del que las juzga, pues sólo adquieren sentido en su lugar natural, dentro del conjunto que las integra y desde el contenido que les otorgan sus propios fundamentos; lo que no implica un relativismo cultural absoluto, sino la existencia de una pluralidad de interpretaciones diversas de unos mismos principios metaculturales, expresión de una sabiduría universal y perenne, que Occidente, deslumbrado de manera narcisista ante el espejo que refleja su vacío esplendor, no sólo no percibe, sino que pretende sustituir orgullosamente por los suyos.

Un sistema que ha hecho del mundo un mercado, que convierte las

catástrofes ecológicas en rutina, que condena a la miseria y a la muerte a gran parte de la población mundial, que periódicamente desencadena guerras por doquier y que todo lo uniformiza según los estúpidos criterios del modo de vida americano no puede seguir mereciendo la consideración de «civilización»: en realidad, no pasa de ser una sofisticada forma de barbarie. Nuestro estilo de vida podrá ser cuantitativamente esplendoroso, pero es cualitativamente bárbaro y despreciable.

La forma de vida refleja y manifiesta de manera precisa en sus múltiples aspectos la irracionalidad inherente a los presupuestos que la inspiran; incluso

dejando a un lado guerras y catástrofes, nuestro mismo funcionamiento «normal» parecería el de un asilo de dementes incurables a los ojos de una mente equilibrada, no insensibilizada por la rutina que conforma y deforma imperceptiblemente las conciencias. El absurdo continuado en que se ha instalado la vida del hombre moderno sólo se hace socialmente soportable desde la carosis y el acorchamiento del individuo medio, incapaz del más tenue estremecimiento ante la sinrazón de los actos que cotidianamente realiza.

Se considera lógico, por ejemplo, plantearse el mover una masa de hierro de más de una tonelada para desplazar a



una persona que pesa veinte veces menos y que tiene movilidad por sí misma. Y para ello se instauran unos medios de transporte que dejan cada día más muertos en las carreteras que una guerra, que exigen el desplazamiento de millones de toneladas de materias primas, o la instalación de complejos industriales de dimensiones gigantescas: todo eso para poder recorrer cada día el camino que le lleva a uno de su casa al trabajo. Este colosal trasiego de cosas y personas alcanza el ápice de su insensatez en esa singular actividad llamada «turismo», manía obsesiva que impele a unos desplazamientos regulares más o menos dificultosos, o hasta

angustiosos, aparte de arriesgados, para escapar a la menor oportunidad del lugar en que se vive. Al hecho de atarse a una silla, en una aséptica cámara plastificada, y aparecer pocas horas después en la otra punta del globo se le llama ahora «viajar». Esta obsesión por escapar de la cotidianeidad e introducir novedades externas en la vida revela algo que el turista no sospecha: que de lo que realmente está hastiado es de sí mismo, molesta compañía que le sigue con fidelidad implacable a donde quiera que vaya. Pero como cambiarse a uno mismo es complicado, se opta en su lugar por cambiar el escenario. Esta voluntad de huir incesantemente de su

sombra expresa la ineptitud y el miedo ante la única aventura digna de ser vivida: ahondar en el sentido de la propia existencia.

Como si la medicina la hubiera inventado la modernidad, se la presenta como insignia y evidencia concluyente del progreso. Olvidando que la estadística, ciencia cuantitativa por antonomasia, es una creación del siglo XX, se pretende comparar cifras actuales de duración de la vida con «datos» imaginarios de épocas remotas, suponiendo siempre que el objetivo de la vida es prolongarse y no dotarse de significado. Sea o no cierto que aquellos a quienes aman los dioses mueren

pronto, cifrar el sentido de la existencia en su prolongación es como valorar un cuadro por sus dimensiones: expresión pura de los principios imperantes en el reino de la cantidad. Se imaginan superadas oscuras epidemias de tiempos pasados, pretendiendo ignorar las nuevas enfermedades antes inexistentes, las catástrofes «naturales» que se suceden con frecuencia inusitada, el hambre y la miseria generalizadas en vastas áreas del globo o la incontenible difusión de la violencia que esa forma de vida produce. Se ha acabado con la peste, pero para lograrlo se ha generado un sistema que está consiguiendo acabar con el planeta. Como decía Cioran, si

antes moríamos por nuestras enfermedades, ahora morimos por nuestros remedios.

La medicalización absoluta de la enfermedad, a la que se supone ciego producto del azar, la expropia de todo significado, y la vida pasa a ser un combate sin sentido, porque perdido de antemano, por su imposible perpetuación. Conclusión: la angustia, la depresión y todo tipo de perturbaciones del alma crecen a ritmo acelerado ante una existencia que, ajena a cualquier transcendencia, deviene —cuando no es un divertimento banal y a la larga frustrante— un despropósito monstruoso y cruel que no resulta fácil de ocultar. El

hombre antiguo, probado por los dioses, se enfrentaba, llegado el caso, a un destino adverso, y moría, si era preciso, en el empeño. Actualmente, ante la más banal de las contrariedades —o ante la vaga intuición de la vaciedad de la vida en el mundo moderno—, el hombre actual se deprime, es decir, patologiza su mediocridad como vía para escapar a cualquier responsabilidad. La psicologización de la vida individual exime al individuo supuestamente enfermo de toda obligación, abrumado por una realidad que le impide cualquier iniciativa y que lo pone en manos de «profesionales expertos», es decir, de quienes participando de su misma

miseria e ignorancia han aprendido la fórmula para ocultársela a sí mismos. Así se inventa al enfermo, así se genera la patología: es la psicologización de la existencia la que crea la enfermedad mental generalizada.

Y como el mundo construido con tan espectaculares progresos en materia sanitaria es rigurosamente insalubre, nos enfrentamos ahora, como reacción inconsciente, y por ello mismo fuera de toda medida, a una paranoica preocupación por el cuerpo y la salud, amén de una maniática obsesión, metafísicamente reveladora, por la higiene. Uno se pregunta cómo ha sido posible sobrevivir a un mundo sin

fechas de caducidad, sin ducha diaria, sin controles de seguridad, sin chequeos regulares, con barro en las calles y agua del grifo para beber.

Marcados todavía por su herencia histórica, los sistemas educativos vacilan entre los bienintencionados prejuicios de un humanismo laico tan irreal como mutilado y las exigencias técnicas del sistema social que no demanda sino piezas eficazmente integrables en el esquema productivo. Las modernas técnicas pedagógicas con que los progresistas tratan de superar los métodos miopes de los conservadores biempensantes de hace un siglo, abocan a resultados calamitosos.



Se confunde el autoritarismo con el reconocimiento de la autoridad, el aprendizaje rutinario con la facultad de la memoria, se sustituye el esfuerzo por las actividades «lúdicas», la constancia por la «creatividad», la obediencia servil por la legitimación del desorden, y así se consigue que los modernos programas educativos no generen más que indolencia, irresponsabilidad y una inepticia generalizada que sería difícilmente superada si se abandonara a cada escolar a su suerte. La escolarización obligatoria y la enseñanza igualitaria son las bases para la democratización de la ignorancia, una similar estulticia puesta por igual al

alcance de todos. Los actuales pedagogos, extraviados en el verborreico vaniloquio que generan sus nuevas técnicas de altisonantes nombres para no se sabe qué desarrollos integrales, se olvidan de enseñar que dos y dos son cuatro y que burro se escribe con be. Los métodos que ahora se quieren superar no eran, sin duda, los mejores, pero cuando todavía se suponía que había unos que podían enseñar y otros que tenían que aprender, cuando el respeto por el conocimiento generaba de manera natural la autoridad, cuando el esfuerzo y la exigencia personal eran las claves ineludibles de toda formación, se llegaba, al menos, a la universidad

sabiendo leer y escribir.

La estructura familiar como vínculo con la tradición y con la historia, con un tiempo que se perpetúa más allá de la vida individual, posibilitando la integración en el cosmos orgánico del que la persona forma parte, se ha convertido en contingencia negociable en el Estado liberal-burocrático, una cuadrícula que rellenar entre otras en el impreso de la declaración de la renta. La valoración ególatra de los deseos individuales por encima de cualquier otra circunstancia hace de la familia, célula natural de la vida colectiva, una estructura supuestamente superada, ideológicamente desfasada, que puede

disolverse y desintegrarse a voluntad cuantas veces se desee. La dispersión en el espacio y la aceleración de los cambios facilita el desvanecimiento de los vínculos naturales que sitúan al ser humano en su espacio y en su tiempo, y las relaciones humanas se transforman en pactos mercantiles, cuantitativos y transitorios, sustituibles por otros cuando sus intereses caprichosos lo demandan. Las consecuencias: violencia doméstica, hijos desarraigados y viejos arrinconados como trastos inservibles en residencias-almacenes.

El hogar, microcosmos en que se desarrolla la unidad familiar, *locus* mediador para la construcción de la

persona y su integración en la comunidad, era una imagen del templo en el esquema de vida de los mundos tradicionales, y su cuidado, una función sagrada, actividad demiúrgica cargada de significado y de belleza. Transformadas ahora las casas en «máquinas para vivir», habitualmente celdas a las que se supone funcionales en colmenas que no albergan más que conflictos egoicos entre sexos y generaciones, su cuidado mecanizado, y por ende desprovisto de sentido, es una condena que las mujeres, sin duda, no tienen por qué sufrir más que los hombres, una pesada carga no tanto por su dureza intrínseca cuanto por su

pérdida de significado y por su inferior valoración social al no ser una tarea «productiva».

El trabajo ya no es la actividad que permite al ser humano realizar su peculiar forma de ser e integrarse en la comunidad mediante un intercambio de funciones personales dotadas de sentido, sino una actividad extrañante que le fija como pieza indistinta a la maquinaria ciega de la productividad y el consumo. La vocación —concepto que trasciende con mucho sus determinaciones laborales—, es decir, la inclinación natural de cada persona a orientar su vida por unas vías y no otras, queda abolida ante la igualdad por decreto y la

movilidad laboral. Puesto que todos somos iguales, todos podemos hacer de todo y la realización de la vocación individual se reemplaza por la especialización anónima e indiferenciada, donde la elección viene determinada, directa o indirectamente, por las imposiciones de la sociedad industrial y no por las legítimas inclinaciones personales. La actual obsesión por la personalización — presente incluso en espacios donde impera la impersonalización absoluta, como la informática— es la mistificación fraudulenta mediante la colocación de un nombre o una máscara vacía que no anuncia, sino que sustituye,

al ser real que podría encontrarse detrás.

La fiesta, que en las comunidades tradicionales es la vía ritualizada para la expresión natural de una alegría compartida, desaparece ante la programación social del mercado del ocio, que impone las vías para la expansión del individuo, siempre desde el imperativo omnipresente del consumo y transformándose, en sus márgenes incontrolados, en ocasión para la extralimitación salvaje y el exceso autoaniquilador. La felicidad radica en sentir que lo que se hace tiene un significado eterno, pero, incapaz de traspasar el ámbito de lo instantáneo, la



mentalidad moderna la degrada en diversión o placer, adulteración especiosa de la alegría que, pasada por el rodillo de la inmediatez, se convierte en valor social y objetivo vital. La frustración que ello produce al individuo da lugar a la búsqueda frenética de una imposible felicidad, alimentada por la insatisfacción que el propio equívoco genera, pues, empeinado en una dirección equivocada, cuanto más la busca, menos la encuentra, conflicto que se aspira a superar haciendo de la sociedad un agregado de zombis más o menos satisfechos con seguridad social y derecho a vacaciones, incapacitados

para la felicidad pero que tampoco podrán afligirse por la desaparición de lo que ignoran.

Dos tendencias dominan de forma complementaria los comportamientos sociales del hombre moderno: el individualismo egoico —corrupción de la libertad y la responsabilidad personal— y el gregarismo uniformizante —corrupción de la solidaridad comunitaria—, que se articulan entre sí para generar un egoísmo de masas y un individualismo gregario, equilibrio de la insensatez que se plasma especialmente en mecanismos de cohesión como el fenómeno de la moda, verdadero culto al ídolo de la transitoriedad y la

exterioridad, que da a la sociedad el aire de un carnaval perpetuo, patentizando la decadencia de un mundo que exhibe sin inhibiciones la vanidad que hasta hace no mucho tenía, al menos, el pudor y la decencia de ocultar.

Diestra en ejercicios de malabarismo moral, la sociedad actual transmuta el vicio en virtud con la sola condición de que sea pregonado a los cuatro vientos, confunde la desfachatez con la sinceridad, la espontaneidad con la interiorización acrítica de valores prefabricados, condena toda inhibición como axiomáticamente mórbida, ensalza el permiso autoconcedido para la caída en el vacío como actitud liberadora y

hace del exhibicionismo de la vileza condición digna de loa y de respeto. Nada de extraño, pues, en que fenómenos de masas, como la moda o los espectáculos deportivos, a los que hasta hace poco se les reconocía implícitamente una cierta intranscendencia, se promuevan al rango de respetable expresión cultural, con el beneplácito, al menos implícito, de buena parte de la intelectualidad; y así un desfile de modelos puede ser un acontecimiento cultural tan importante, si no más, que la representación de una obra de Esquilo o de Shakespeare.

Expresión nítida de la instantaneidad que atomiza las vivencias en el mundo

moderno, la relación con los objetos se convierte en asociación pasajera y estrictamente instrumental: todo ahora se fabrica para usar y tirar o —según la pulcra variante ecologista— para usar y reciclar. Atrás quedó el tiempo en que las cosas se transmitían piadosamente como herencia espiritual, cargadas de pasado y, por ello mismo, portadoras, a la vez, de un mensaje intemporal: todo se tira y se reemplaza. La legítima identificación con los objetos basada no en la cosificación de las personas, sino en la personalización de unas presencias cargadas de historia y de sentido —en definitiva, de alma—, es una relación que, lejos de alienar, alimentaba la vida

espiritual. Pero para ello el objeto exige belleza en su creación, nobleza en su funcionalidad, capacidad de impregnación y tiempo de vida. Nada de eso existe en los materiales sintéticos, ni sobrevive a la fabricación en serie, ni es compatible con las necesidades del mercado, así que la relación con los objetos se reduce a un afán de acumulación cuantitativa y uso funcional, mera sensación de posesión que invierte, con su mecanismo diabólico, la relación entre poseedor y poseído: un continuado flujo de objetos asépticos e impermanentes se apropia subrepticamente de un sujeto esclavizado, obligado a su utilización,

que no puede prescindir de los efímeros y demenciales cachivaches y trebejos que su vesania genera.

Los cambios acelerados en la forma de vida, en un medio en el que todo debe ser continuamente renovado, privan al hombre de cualquier cosa estable en la que reconocerse y recordarse a sí mismo: todo en el mundo actual le incita al olvido de sí. Son las acciones elementales de la vida, realizadas en la sencillez natural de sus ritmos pausados y con el esfuerzo que naturalmente implican, las que hacen posible —como condición no suficiente pero sí necesaria— sacralizar la vida, es decir, eternizarla. Y eso es posible porque

esas acciones llevan su tiempo, tiempo necesario para que el sujeto adquiriera conciencia de sí mismo en el acto de estar presente a su propia existencia, conciencia triturada ahora en el acto mecanizado, refractario por naturaleza al recuerdo y que fragmenta la duración en mera sucesión de instantes discontinuos a los que ningún dios religa.

El progresismo, arrasando los fundamentos culturales y metafísicos de la tradición, ha dinamitado un mundo reduciéndolo a cenizas y pretende ahora fabricar otro a golpe de ciencia y tecnología, de productividad y principios democráticos, ignorando que



un mundo no se inventa, pues no es un cacharro sino un ser vivo; lo que su resquebrajada razón puede alumbrar no pasa de ser una hueca fantasmagoría, un golem tecnológico —imagen invertida del ser cósmico de cuyo cuerpo se formó el mundo en las antiguas mitologías—, en cuyo interior no late un alma sino el vacío acumulado por los últimos siglos de la historia humana.

# XII

## La caída de Babilonia

*Y un ángel poderoso tomó una  
gran piedra de molino  
y la arrojó al mar, diciendo:  
Con el mismo ímpetu será  
abatida Babilonia.  
[...] pues por tus hechicerías  
fueron engañadas todas las  
naciones.*

APOCALIPSIS 18:21-23

Sólo la recuperación de una forma de

vida tradicional —en el sentido antropológico y metafísico del término, lo que, innecesario aclararlo, no guarda la más mínima relación, si no es por oposición, con el biempensante tradicionalismo sociopolítico de una burguesía mezquina e hipócrita— podría, idealmente, evitar el hundimiento, y permitiría atisbar, quizás, un recuperado sentido para la sociedad humana. Ello implicaría la inversión radical de los principios que rigen el despliegue de la barbarie tecnológica: el Progreso debería dejar sitio a un cierto Regreso. Un regreso del hombre hacia sí mismo, un recogimiento hacia el interior frente a la fragmentación exteriorizante

que le impone el omnímmodo poder de una dinámica centrífuga, vertiginosa y ciega, que nada ni nadie parece controlar. Retorno hacia el interior que debería reflejarse en la recuperación de unas condiciones exteriores que devolvieran su significado prístino a la vida, que permitieran desplegar un hacer cotidiano dotado de sentido, en un entorno de serenidad y de belleza y en un marco de relaciones verdaderamente humanas; eso implicaría, para empezar, volver a las condiciones materiales anteriores a la revolución industrial. Desandar lo andado, dar media vuelta e invertir radicalmente la dirección seguida hasta ahora, para dejar de

*progresar hacia* el borde de un abismo cada vez más próximo.

Los problemas a que Occidente se enfrenta perseverando en el camino seguido durante los últimos siglos no son difíciles, sino absurdos. Sus datos, distorsiones que los siglos convirtieron en pautas, sólo suscitan, a modo de soluciones, diversas modalidades de hundimiento. Ahí, todo posibilismo es matemática de la destrucción, pues cualquier utopía que ignore el Espíritu no es más que una ensoñación vana, susceptible de coagularse en cualquier momento en pesadilla.

Como dice Edward Goldsmith, el único crecimiento alternativo es la

alternativa al crecimiento y ésa no es otra que el decrecimiento. Pero un programa de decrecimiento, que a nivel individual siempre puede tener, sin duda, su sentido, a nivel social se convertiría, sin una conciencia generalizada que lo sustentase, en otra nueva utopía algebraica, en una receta «alternativa» más que añadir a la interminable lista de programas, institucionales o revolucionarios, para fabricar felicidad. En todo caso, que nadie manipule la formulación necesariamente abstracta del mensaje; decrecer significa lo inverso de crecer y no otra cosa: decrecer es tener cada vez menos coches y coches que corran cada

vez menos, es sustituir el asfalto por la tierra, es abolir la informática, acabar con la televisión, tener cada vez menos periódicos, dejar de fabricar la infinidad de cosas estúpidas que no se necesitan absolutamente para nada —es decir, casi todo—, tener ingresos más bajos, consumir cada vez menos. En definitiva, tener menos para ser más.

Naturalmente, la realización de tal posibilidad a escala social sería un milagro sin parangón en la historia conocida de la humanidad. Ciertamente, el hombre actual, tan moderno, tan libre, tan progresista, tan dueño de sí, puede desintegrarse si le desconectan de la televisión, del automóvil, de la prensa

diaria, del teléfono móvil y de Internet. Nada que no pase por la hecatombe autoriza razonablemente el menor rastro de optimismo, y los signos de los tiempos revelan a quien sepa leerlos que estamos viviendo ya el final de un mundo; que la agonía se prolongue más o menos no pasa de ser un asunto tan relativo como secundario. Sólo la inercia sostiene a Occidente en la existencia. Cual monstruo creado artificialmente en el laboratorio subterráneo de un Frankenstein enloquecido, Occidente es un cuerpo gigantesco, pesado, brutal y sin alma, que ni siquiera es ya dueño de sus propios movimientos. Espiritualmente



hablando, nuestra civilización murió tras el Romanticismo. Su desaparición física es una mera cuestión de trámites con la historia.

La actual unificación del mundo no permite siquiera contemplar el final de nuestra civilización como un trauma normal —como tantos otros acaecidos con anterioridad en la historia humana. En una sociedad globalizada las catástrofes son inevitablemente globales y, por primera vez, el final de una civilización podría significar el final de la humanidad o implicar, al menos, una conmoción planetaria de inimaginables consecuencias.

Con todo lo que tengan de lúgubre

amenaza, no son los problemas medioambientales o el armamentismo nuclear —síntomas, a fin de cuentas— los que determinan las postrimerías de Occidente. El cataclismo ecológico o nuclear puede acaecer, por supuesto, pero Occidente moriría igual si así no fuese; y moriría, sobre todo, por falta de entidad, por carencia de ser, engullido por su vaciedad interior. Lo que comúnmente se llama «realidad» no es sino un colosal entramado de ficciones, mantenido en pie por la acción manipuladora de la publicidad y los medios de información, y alimentado por el «ciudadano medio», entregado a la superstición de la noticia y el culto a

la exterioridad. Transcendiendo el orden de la individualidad, nada hay en el último siglo digno de perdurar. Se diría que, ontológicamente hablando, somos sencillamente superfluos. Una sociedad que hace del aspecto físico, el dinero y el prestigio social, del deporte, la gastronomía y la moda, sus divinidades domésticas, no supera los mínimos necesarios que confieren derecho a la existencia. Como ya hacía presagiar la caída del Imperio romano, Occidente será la primera civilización que muera de frivolidad.

El trance no será leve, pues todo indica que Occidente perecerá como ha vivido la historia de su decadencia: sin

dignidad, sin la callada entereza de quien en soledad asume su destino, sino entre aspavientos y clamores, guiada por histriónicos profetas del delirio, presa de convulsiones de posesión y tratando de arrastrar cuanto pueda en su caída. Con todo, si no hay lugar al optimismo, tampoco lo hay al pesimismo, pues la catástrofe, en definitiva, no es que Occidente se hunda, sino que subsista. Que el mundo moderno se desmorone es, en todo caso, la única esperanza para quienes mantienen viva alguna fe en la humanidad. Quizá la consumación de la Caída esté inscrita en el proyecto divino como condición necesaria para que hasta las substancias más sórdidas que

el progreso rezuma se transmuten, cual materia prima de la Obra alquímica, en las piedras preciosas que cimienten los muros de la Jerusalén celestial.

# XIII

## Exiliarse del exilio

*Salid de Babilonia, pueblo mío,  
para que no seáis partícipes de  
sus pecados,  
ni recibáis parte de sus plagas.*

APOCALIPSIS, 18:4

Ahora —decía Heidegger— sólo un dios podrá salvarnos. Pero algo deberá hacer el hombre para que el dios acuda en su ayuda. Más allá de cualquier pragmatismo calculado y de toda

consideración de eficacia inmediata, salir de Babilonia parece una sabia y prudente exhortación. Y para quienes, haciéndose eco de los tópicos al uso, insistan en ver en esa salida el recurso insolidario y la cómoda huida solipsista, habrá que recordar una vez más que no se trata de huir de la realidad, sino justamente de huir a la realidad, saliendo precisamente de la irrealidad de un mundo de idolatrías materialistas e idealismos exangües, que si en algo roza la perfección es en el arte de disfrazar la nada, solidificar vaciedades y dinamizar espejismos; un mundo de fútiles objetividades y certezas estólicas e inexploradas, donde las trivialidades

de los medios de información y los simulacros de la cultura llenan los reducidos espacios que los seres humanos no se ven obligados a sacrificar en el altar de la gran ficción de nuestro tiempo: el Progreso.

Salir de Babilonia, escapar del «exilio occidental», como ya en el siglo XII decía, con profético simbolismo, el místico y visionario persa S. Y. Sohravardi, para emprender la peregrinación a «Oriente», a un Oriente que no se encuentra, ciertamente, en los mapas, y al que los pueblos de todos los tiempos han nombrado de formas diversas: Itaca, Hiperbóreas, Avalon, Shambala, Thule,



Salem, Aztlán, Hurqalyá... Ese «Oriente», que nada tiene que ver con nuestra geografía física, es el lugar por donde despunta, en el alma extranjera capaz todavía de nostalgia, la luz del dios que le ha de salvar. Tarea ardua: difícil y oscuro es el camino y múltiples las posibilidades de extravío, mas grande también debiera ser la esperanza, pues, como ya nos decía Hölderlin, otro peregrino de Oriente, «cercano y difícil de captar es el dios; pero donde abunda el peligro, crece también aquello que salva». Ni optimismo ni pesimismo, sino más bien, apelando a la fórmula que tantas veces repitiera Henry Corbin, confianza en la desesperanza: la

paradójica tensión de una situación delimitada por las proféticas palabras del poeta Novalis:

*Una noche oscura se cierne  
sobre la tierra  
y moriremos antes de que  
amanezca*

y las poéticas palabras del profeta Habacuc:

*Aunque la higuera no florezca,  
ni en las vides haya frutos,  
aunque falte la cosecha del  
olivo,*

*y los labrados no den  
mantenimiento,  
aunque se acaben las ovejas del  
aprisco,  
y en los corrales no haya vacas,  
con todo, yo me alegraré en  
Jehová  
y me gozaré en el Dios de mi  
salvación.*

*Jehová el Señor es mi fortaleza.  
El hace mis pies como de  
ciervas  
y en mis alturas me hace andar.*



AGUSTÍN LÓPEZ TOBAJAS. Nacido en Zaragoza, España, 1949. Ensayista y traductor especializado en tradiciones espirituales y ciencias de las religiones.

Ha traducido a autores como H. Corbin, L. Massignon, A. K. Coomaraswamy, F. Schuon, Simone Weil, R. Guénon,

S. Krarnrisch, A. M. Schimmel, M. Idel, G. Durand, etc. En colaboración con María Tabuyo, dirigió la colección «Orientalia» (Ed. Paidós), y fue creador y director de la revista *Axis Mundi* (1994-2000).

En 2005 publicó *Manifiesto contra el progreso*, (Olañeta Editor). En la actualidad colabora con numerosas publicaciones especializadas y coordina el Círculo de Estudios Espirituales Comparados.